

Selecta

Al infinito

Rita Black



Al infinito

Rita Black

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, en este caso mexicana, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedas darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

Cuando era niña, solía recostarme en una tumbona vieja que teníamos en el patio para mirar las estrellas. Me gustaba apagar todas las luces alrededor para que fueran más visibles, y me dejaba sin aliento comprobar la infinidad de puntitos brillantes que llenaban el fondo negro del firmamento.

Entonces me preguntaba cuántas estrellas, cuántos planetas, cuántas galaxias habría en el espacio infinito, y soñaba que algún día viajaría en una nave interestelar y recorrería muchos mundos desconocidos.

Era un anhelo profundo y primitivo, y siempre pensé que era solo el sueño de una niña; me parece que nunca creí que pudiera volverse realidad, y aún ahora, mientras me encuentro viajando a miles de kilómetros por segundo en una pequeña nave a través de un agujero de gusano, me cuesta trabajo creerlo.

Capítulo 1

Un silencio reverente, casi tangible, se adueñó de la sala de comandos cuando la imagen enviada por la sonda espacial Kalliber llenó los monitores, incluida la pantalla gigante principal.

Inequívocamente se trataba de una construcción obra de seres de inteligentes; era un edificio que parecía tener varios pisos de alto, de un material semejante al cristal, y lanzaba destellos brillantes a la luz de la estrella Juzu9214, el sol del planeta Gab XT (nombrado en honor del astrofísico Gabriel Norell, que lo descubrió casi cien años antes).

Había dos imágenes más, tomadas desde ángulos distintos, y en todas se apreciaba la simetría de las formas, prueba irrefutable de que no se trataba de un diseño caprichoso de la naturaleza de ese lejano cuerpo celeste.

El jefe del departamento de astrofísica y exploración espacial, Jan Pitt, se acercó despacio a la pantalla principal y se paró frente a ella con ambas manos cruzadas a su espalda. No había dicho una palabra. Estaba estudiando de cerca la forma brillante y precisa en la foto enviada por el Kalliber.

Antes, la sonda había logrado transmitir unas quince fotografías, las cuales mostraban el paisaje inhóspito y barrido por agresivos vientos de Gab XT, en lo que parecía ser un desierto de tierra seca y rocas. No había mucho que ver en esas imágenes, aunque servían para establecer algunos puntos sobre la geografía y la atmósfera del planeta, cuyo cielo a la hora del crepúsculo presumía un carmín casi irreal.

Poco más de una hora después de que llegaran esas imágenes se recibieron las tres en las que aparecía la supuesta construcción. Luego... nada, solo estática.

—Revisa la alimentación de batería del Kalliber —ordenó Pitt al jefe de

controles.

La batería de la sonda estaba en buen estado, pero luego también se perdió su señal.

Todos guardaban un silencio expectante. ¿Qué podría haberle sucedido al Kalliber?

La puesta en marcha del proyecto Explorer Gab se había demorado varios años porque el gobierno no quería financiar una expedición que, aunque no tripulada, resultaba muy onerosa, sobre todo porque la Federación Central daba prioridad a proyectos de investigación que proporcionaran soluciones más factibles a problemas como el desabasto de agua, la inestabilidad de las capas tectónicas y la producción de alimentos. Pitt y su equipo habían argumentado que, por lo que se sabía del planeta, este poseía una atmósfera sumamente peculiar, aparentemente apta para la supervivencia de organismos biológicos primitivos. Pero lo que era más importante: se habían encontrado vestigios de agua.

La sonda Inter, enviada antes del Kalliber, había enviado el análisis de una muestra de lo que, a todas luces, era agua.

La Comisión de Estudio Espacial en el Congreso no estaba convencida de enviar una segunda sonda, pero, finalmente, el representante Morris había logrado que aprobaran la misión al hacer una sustancial aportación al proyecto, ya que él era un fiel convencido de que hay vida en otros mundos. Y si no fuera por ello, de cualquier modo, le encantaba la ciencia ficción.

Capítulo 2

—Es muy probable que los vientos de Gab XT hayan provocado una avalancha y las rocas aplastaron la sonda —opinó Reese Quinland, ingeniero aeroespacial, cuando todo el equipo se reunió en la sala de juntas para discutir lo que había ocurrido, y cuál sería el siguiente paso.

—Si así fuera, la batería habría dejado de funcionar inmediatamente, junto con el visor y todos los demás sistemas de la sonda —replicó Frank Emerik, ingeniero en sistemas.

—No —negó Quinland—, la batería es un sistema autónomo, y está resguardada en la parte inferior del Kalliber por un compartimento hecho con una poderosa aleación que resistiría una embestida así; aunque la sonda estuviera hecha pedazos, la batería seguiría funcionando.

—Pero dejó de funcionar después, al parecer —intervino Pitt—. ¿Acaso le caerían más piedras encima? Además, el visor no mostró ninguna avalancha, ni movimiento de piedras antes de averiarse. No creo que sea eso lo que sucedió.

Todos los miraron en silencio.

—Y entonces, ¿qué haremos? —preguntó tímidamente Jonas Becker, astrónomo y matemático.

Ahora las miradas se dirigieron a él. Esa era la pregunta. Habían perdido toda comunicación con el Kalliber, la sonda parecía estar «muerta».

—Tendríamos que enviar otra sonda —sugirió Bertha Flyn, una veterana y reconocida astronauta.

Todos guardaron silencio durante varios segundos sopesando esa posibilidad. El proyecto había resultado muy costoso, no por la sonda Kalliber, pues el programa espacial tenía siglos de experiencia enviando

sondas de exploración espacial, sino por el sistema para generar el puente Einstein-Rosen, que había requerido varias décadas de experimentación con una tecnología revolucionaria que permitía utilizar y controlar materia exótica para mantener abierto el puente.

—Sería lo más factible. —Finalmente Pitt rompió el silencio.

—Debería ir una persona. —La voz de Carin Marx resonó en la habitación en medio del silencio tras las palabras de Pitt.

Las miradas de todos convergieron en ella, algunas con evidente expresión de incredulidad y otra con fastidio. Carin siempre había sido la rebelde del grupo, sus ideas siempre eran revolucionarias y excedían no solo las expectativas sino la realidad.

Por ello, más de uno la consideraba, más que una científica, una charlatana.

Pero a ella ese tipo de opiniones habían dejado de importarle hacía mucho tiempo. Cuando era pequeña, sus compañeros de la escuela se burlaban de ella por sus ideas «locas», y sus maestros, con una sonrisa condescendiente que ella aprendió a identificar (y a odiar), optaban por ignorarla.

Con el tiempo aprendió a dejar de lado esas actitudes, que ella consideraba retrógradas, y se empeñó en llevar a cabo sus ideas, por alocadas que parecieran.

Por fortuna, sus padres siempre la habían apoyado, y eso era todo lo que necesitaba.

Cuando entró al programa espacial, las cosas no fueron muy diferentes a la escuela; sabía que muchos de sus compañeros se reían de ella por algunas de sus teorías, que parecían verdaderamente descabelladas, pero que para ella tenían una lógica casi irrefutable.

Cuando era aún más joven esas actitudes realmente la enfurecían, pero su padre siempre la consolaba y la calmaba explicándole que ella tenía una manera muy peculiar y única de ver las cosas; su línea de pensamiento era muy especial, porque no se enfocaba solo en lo obvio, sino que rebuscaba en las posibilidades que no parecían serlo.

Nuevamente fue Jan Pitt quien se encargó de romper el silencio.

—Sabes que no podemos enviar a una persona, Carin. El agujero de gusano nunca ha sido probado con seres vivos y no sabemos cómo puede afectar a un ser orgánico. Además, todos sabemos que puede llegar a ser inestable, el puente podría colapsar en cualquier momento.

—Podemos hacer pruebas...

—No tenemos tiempo para hacer pruebas. —La voz de Pitt resonó como un trueno en la sala de juntas, a pesar de que había hablado con gran calma.

No pretendía ser brusco, pero sabía que debía ser terminante con Carin; conocía de sobra su testarudez como para saber que, si no le marcaba el alto de forma tajante, ella seguiría insistiendo hasta convencerlo. Esta vez no podía permitir que eso sucediera. Ni siquiera tuvo que mirarla a los ojos para intuir lo que se proponía: seguramente estaba planeando ir ella misma a Gab XT.

—No podemos darnos el lujo de hacer pruebas con seres vivos porque no tenemos el tiempo para ello. Además, tendríamos que cambiar gran parte del protocolo, y la comisión de exploración espacial, así como la misma agencia, jamás lo permitirán. Creo que lo más viable es enviar otra sonda. La Juno 3 está casi lista. —Jan hizo ademán de marcharse, ya estaba decidido.

Carin se abrió paso entre sus compañeros para tratar de alcanzarlo.

—Pitt, por favor, reconsidera.

Él se volvió hacia ella y la miró severamente; solo ese gesto bastó para que ella guardara silencio. Tal vez debía dejarlo pasar por el momento, y tratar de convencerlo después.

Jan le hizo una señal con la mano para que lo siguiera, y ella asintió en silencio.

Cuando llegaron a la oficina de Jan y él cerró la puerta tras ellos, Carin, a pesar del temperamento tranquilo de Pitt, esperaba una severa reprimenda, pero no fue así. Él se apoyó en su escritorio, y se la quedó mirando fijamente. Más que enfado o frustración, en su mirada había mucha ternura.

Carin se revolvió incómoda.

—Sé lo que te propones, Carin, y desde ahora te digo que no.

Ella abrió la boca para decir algo, pero él le hizo un significativo gesto con la mano ordenándole que guardara silencio.

—No, Carin. Esta vez no te saldrás con la tuya. Sé lo que piensas, pero por una vez en tu vida trata de usar el sentido común.

—Por favor, Jan, hasta tú tienes que admitir que esta es una oportunidad en un millón.

—¿Una oportunidad en un millón? ¿De qué? ¿De perderte en el espacio, de achicharrarte en el puente, de explotar por la presión de la velocidad? —Jan sonaba muy tranquilo y convincente, aunque por dentro se sentía arder por la necedad de esa mujer.

Siempre había sido consecuente con Carin, pero ella era demasiado temeraria, y esta vez pensaba ir, literalmente, demasiado lejos.

—No puedo creer que seas tan retrógrado, Jan.

—No me acuses de eso, Carin. Estoy siendo prudente, estoy siendo sensato, y me estoy apegando al protocolo. Lo que tú quieres hacer es suicidio.

Ella gruñó, frustrada. Jan dio un paso hacia ella y la tomó suavemente por los brazos. Ella siempre había sido renuente al contacto físico, pero esta vez no se movió.

—Carin, te lo pido, sé razonable. Aunque quisiera hacer lo que me pides, no tenemos el tiempo, ni los recursos. Apenas si obtuvimos la aprobación para enviar el Kalliber. Lo único que podemos hacer en este momento es mandar otra sonda. —Cambió de táctica—. Además, tú siempre has defendido a los animales, no creo que sea justo someter a alguno a la prueba del puente Einstein-Rosen, no tenemos ni idea de lo que puede provocar en un organismo vivo.

Jan la miraba a los ojos y ella había guardado silencio a duras penas mientras él hablaba. Pero no podía quedarse callada.

—Jan, podemos hacer pruebas. Eres un científico, podemos enviar un espécimen pequeño en la misma sonda. Claro que defendiendo a los animales, pero esto es por un interés superior. —Ahora sonaba como los políticos que debatían ridiculeces con palabras rimbombantes, pero tenía que convencer a Jan—. Por favor, esta es una gran oportunidad.

Jan la soltó, sus ojos y su rostro estaban en llamas.

—¿Pero es que estás loca? —gritó— ¡Claro que estás loca! Solo una persona demente pensaría como tú lo haces. Sabemos muy poco sobre la atmósfera de Gab, y tampoco tenemos idea de lo que sucedió con el Kalliber y con el Inter, ¿y tú quieres ir allá? Estás loca de atar, y le pediré al director Svetik que te saque de la misión.

Carin dio un paso hacia él, que se dirigía a su escritorio. Estaba desesperada por conseguir la anuencia de Jan para lograr lo que tanto había deseado a lo largo de su vida, y no podía ver que a la razón y al buen juicio de Pitt se aunaba el temor a perderla.

—¡No puedes hacer eso!

Él se detuvo tras su escritorio y la miró a los ojos; su expresión era de hielo.

—Claro que puedo, y lo haré. Considérate fuera de la misión. Tómate un día de descanso y al volver se te asignará a un nuevo departamento.

Carin sentía el rostro en llamas y las lágrimas de furia a punto de salir de sus ojos. Se contuvo como pudo, el orgullo fue más fuerte que ella. ¡Por supuesto que no lloraría delante de su jefe!

Se dio media vuelta y salió de la oficina de Jan. No podía quedarse en la base mientras todos discutían el siguiente paso en la misión de exploración de Gab XT. Salió corriendo y se fue a casa a dar rienda suelta a su frustración.

Capítulo 3

Siempre me había imaginado los agujeros de gusano como un tubo lleno de anillos, un tubo flexible y luminoso que llevaba de una dimensión a otra, o de un punto del universo a otro. Al menos así los representaban en los pocos libros que se conservan sobre el tema.

Puedo decir que se parece mucho a lo que yo había imaginado, pero la velocidad a la que viajo es tal que apenas puedo distinguir el puente. Me gustaría poder detenerme unos segundos y admirar el espacio profundo, oscuro e infinito. Por lo menos estoy grabando todo, cuando regrese podré ver con toda tranquilidad esta increíble travesía que ahora me parece como un sueño.

Las teorías sobre los agujeros de gusano datan de hace varios siglos; hace más o menos 350 años, Kip Thorne y Mike Morris, teorizaron sobre la posibilidad de generar y manipular agujeros de gusano practicables o atravesables, pero no fue sino hasta hace unas tres décadas que se logró abrir uno deliberadamente y de forma relativamente controlada al conseguir manipular la materia exótica.

Por supuesto que no fue sencillo, la tecnología para poder hacerlo tomó muchos años, muchos recursos e incluso vidas. Después de años y años de fallidos intentos, dos científicos, Louis Lichtein y Emmet Moritz, a quienes, al igual que a mí, habían tachado de locos muchas veces, lo consiguieron al materializar, después de muchísimos experimentos sin éxito, la teoría Morris-Thorne.

Creo que he estado aquí solo unos minutos, pero tengo que admitir que he perdido la noción del tiempo. Estoy nerviosa, pero también muy emocionada.

Gab XT había sido un gran enigma para nosotros desde que Gabriel Norell hizo público su descubrimiento. Lo asombroso e intrigante fue la sospecha de que podría haber agua en ese lejano y frío planeta. «Donde hay agua, hay vida» dicen, y con esa premisa decidimos profundizar en la investigación de ese misterioso cuerpo celeste.

Estoy ansiosa por llegar, aunque también, claro, siento gran aprensión, porque no sé lo que encontraré allá.

Bitácora de exploración, cambio y fuera.

Capítulo 4

El envío de la sonda Juno 3 resultó un rotundo fracaso, pues sufrió el mismo destino incierto y misterioso de las dos que la antecedieron.

Los miembros de la misión estaban cada vez más frustrados y preocupados. Morris estaba intrigado, y se reunió con Jan Pitt para hablar de lo que estaba sucediendo.

Pitt no tenía informes positivos para darle. Estaba tan desmoralizado como los demás, pero no quería exteriorizarlo tan abiertamente.

—¿Cuál será el siguiente paso? —preguntó Phillip Morris cuando Jan terminó de exponerle la situación.

—Todavía lo estamos discutiendo —respondió con cautela.

—Me parece que el envío de otra sonda sería algo inútil.

—Es lo que pensamos todos en el equipo.

—¿Y no hay alguna sugerencia, alguna idea, una alternativa diferente?

Pitt lo miró a los ojos y negó con la cabeza.

—Alguien debe tener una idea, ¡por favor! Ustedes son científicos. Se les paga para que piensen.

El comentario sentó a Jan como un balde de agua helada, pero no dijo nada. Morris volvió a la carga.

—Obviamente el envío de un ser vivo está descartado.

—Obviamente.

Morris se puso de pie.

—Prácticamente no tengo nada para abogar por la misión para evitar que la Comisión la cancele. Trataré de ganar tiempo, pero no le garantizo nada.

A pesar de que había tratado de mantenerse alejada de la misión, Carin estaba enterada de todos los pormenores, especialmente del último fracaso, relativo a la pérdida de contacto con la Juno 3

Todavía estaba furiosa con Jan, y lo había evitado intencionalmente durante las últimas semanas, lo que le había costado bastante trabajo tomando en cuenta las innumerables llamadas de Pitt y la gran cantidad de mensajes que le envió.

Pero no podía ocultarse de él para siempre, y Jan lo sabía, así que decidió ir a visitarla al laboratorio de astronáutica, a donde la había confinado tras ser echada de la misión Explorer Gab.

De mala gana le abrió la puerta de su cubículo.

—Hola —saludó Jan tímidamente.

Carin sentía mariposas en el estómago, pero no lo demostró. Su rostro era de piedra. Odiaba que Pitt le provocara esas sensaciones, novedosas e inquietantes para ella.

—Hola —le devolvió el saludo con voz monótona.

—¿Puedo pasar?

Ella, sin decir nada, se hizo a un lado para que él entrara.

Echó un vistazo a la minúscula oficina. Era muy diferente a las frías habitaciones que ocupaban la mayoría de las personas, monótonas, sin personalidad, sin un detalle que definiera al lugar de una manera particular.

Carin, en cambio, tenía decorados los paneles con fotografías e incluso con dibujos a lápiz, hechos por ella misma, muy estilizados y bastante artísticos. Jan amaba su sensibilidad, aunque Carin hacía mucho por ocultarla.

Se volvió a ella tras echar un rápido vistazo al lugar, y tomó asiento en la silla giratoria que se hallaba frente al pequeño escritorio.

—La misión está resultando un total fracaso —le dejó ir sin más.

Carin también se sentó.

—Sí, eso escuché.

Evidentemente tendría que ser Jan quien tomara la batuta de la conversación. La parquedad de Carin no le sorprendió en absoluto. Sabía que cuando se proponía algo y no lo obtenía, podía ser muy obtusa. En cierto modo se comportaba como una niña pequeña. Pero amaba eso de ella.

—Pensé que tal vez querrías echar un vistazo al último informe que enviaré a la Comisión de Estudio Espacial.

—No veo para qué —respondió Carin con actitud fría y despreocupada,

cruzada de brazos en su silla.

Jan le dirigió una expresión suplicante.

—Tú siempre has ofrecido una visión diferente de las cosas. Tal vez en esta ocasión puedas darnos una perspectiva diferente, y ayudarnos a salir de este punto muerto.

La mujer se respaldó en su silla con aire de suficiencia, pero sin poder ocultar el rencor en su mirada.

—Ya te di una perspectiva diferente, Pitt, y lo que logré fue que me echaras de la misión.

Jan no le quitaba la vista de encima, a pesar del reproche. Empezaba a sentirse incómoda por esa mirada penetrante. No era tan fría ni tan boba como para no darse cuenta de que Jan tenía fuertes sentimientos por ella, aunque nunca se lo hubiera dicho abiertamente.

—Sabes por qué lo hice —replicó él con voz suave.

¡Rayos! Sí que lo sabía. Y no podía continuar molesta con él, mientras le hablaba de esa forma y le dirigía esa mirada suplicante.

—Vamos, Carin, sabes que tú tienes una forma muy particular de ver las cosas. Ves cosas que los demás no percibimos a simple vista. Solo quiero que veas el informe y me digas qué piensas.

Sonaba como su padre, comprensivo y dulce más allá de lo razonable, y eso pudo con ella. Hasta ese momento había intentado ignorar la tableta electrónica que él llevaba en las manos al entrar, y que había puesto sobre su escritorio al sentarse.

Asintió, de mala gana, y estiró el brazo para que se la diera.

Lo leyó concienzudamente, mientras Jan no le quitaba la vista de encima. Solo el interés que le generaba el informe consiguió que pudiera ignorar la penetrante mirada azul de ese hombre.

Unos minutos después devolvió a Pitt la tableta, soltando un ligero suspiro.

—Como yo lo veo, Pitt, tienes dos opciones: cancelar la misión o enviar allá a una persona.

Jan estuvo a punto de hacer un gesto de cansancio: estaba seguro de que ella diría eso último, pero se contuvo. En cierto modo le hacía gracia que ella siguiera insistiendo en su alocada idea de enviar a alguien a Gab XT.

—No sé qué más podrías hacer, después de todo, ya enviaste tres sondas y las tres se perdieron.

—¿Y crees que el resultado sería diferente si enviamos a un ser humano? —

No había burla en su voz, sino más bien, duda.

—Todo puede ser posible. —Ella se encogió de hombros.

—Sí, pero en este caso no puedo apoyarme en las posibilidades, Carin, debo tener certeza, hechos concretos. No tenemos ni la menor idea de lo que les ocurrió a las sondas.

Carin resopló.

—No estás diciéndome nada que no sepa. ¿Para qué viniste a verme si ibas a contradecirme, como siempre lo haces? Querías mi opinión; bien, esa es mi opinión. —Se revolvió en su silla, y moderó un poco su tono de voz—. Y sabes que ni siquiera tendrías que buscar voluntarios, yo estoy más que dispuesta a ir.

«Serías la última persona a quien le permitiría ir allá» pensó Jan, pero no dijo nada.

—Y tú sabes que, en el muy remoto caso de que yo cediera a tu descabellada y a todas luces demente sugerencia, la Comisión de Estudio Espacial jamás lo autorizaría.

Carin lo miró, muy seria.

—Tengo la firme sospecha de que el representante Morris cedería a este plan. No creo que su afán por conocer más sobre Gab obedezca a mera curiosidad científica.

—Los políticos siempre tienen dobles intenciones —rebatió Jan, sonriendo tristemente.

—Sí, y eso podemos aprovecharlo en esta ocasión.

Jan le clavó la mirada.

—Por supuesto que no, en este caso, no.

Carin se revolvió incómoda bajo esa mirada que decía tantas cosas, todas aquellas que Jan no se atrevía a expresar con palabras.

Ella misma había deseado muchas veces que él finalmente dejara el miedo, o lo que fuera que le impidiera ser sincero con ella, y le hablara abiertamente de lo que sentía por ella. Pero al mismo tiempo temía que lo hiciera, y agradecía, con alivio, que él fuera tan prudente y ¿por qué no admitirlo? tan cobarde como ella.

Al principio ella creía que era solo atracción lo que sentían, después de todo, Jan era un hombre muy apuesto; a sus 34 años lucía en excelente forma física, su mentón cuadrado casi siempre exhibía una barba rojiza de días que lo hacía ver muy viril, y sus ojos azul oscuro eran una trampa mortal.

Carin había caído en ella casi sin darse cuenta, pero tenía que reconocer que lo que más le gustaba de Jan era su inteligencia y su temperamento. En lo último era muy diferente a ella: era impulsiva, atrevida y audaz. Parecía que no pensaba en las consecuencias de sus actos, pero en realidad era que estaba demasiado dispuesta a asumirlas, sin importar cuán graves fueran.

Tal vez por eso Pitt nunca se había atrevido a abrirle su corazón: quizá temía demasiado aferrarse a ella y luego perderla en una de sus descabelladas aventuras.

Salió de sus divagues porque no pudo soportar más el peso de esa mirada llena de promesas inciertas.

—Si no haces algo, y pronto, cancelarán la misión, Jan. No tendremos otra oportunidad de explorar Gab.

—Ya lo sé, Carin —suspiró Jan—. ¿Crees que no quisiera tomar una determinación, tener la certeza de que podemos hacer algo sin mayores riesgos?

—¿Vas a darte por vencido? —chilló la joven.

Nunca había comprendido del todo a Jan; le fascinaba lo cerebral que podía llegar a ser, el rigor científico con que analizaba las cosas, incluso las cosas que no entraban en su campo profesional, su estoicismo ante las calamidades, pero en estos momentos no lo entendía. No se trataba de una simple misión de exploración, estaban hablando de *La Exploración* de un planeta que ofrecía al menos una remota posibilidad de mantener vida, y que ofrecía una esperanza para la supervivencia de la humanidad.

Pero Jan había perdido la esperanza hacía mucho tiempo; recordaba perfectamente cómo su madre se había ido consumiendo por una enfermedad que siglos atrás habría sido fácilmente curada, pero que en la actualidad era mortal debido a la falta de medicamentos, los cuales era sumamente difícil y costoso producir por la falta de materia prima.

Su padre le había contado cómo los seres humanos habían tenido que emigrar hacia zonas relativamente seguras debido a los fenómenos naturales cada vez más frecuentes e intensos, las inundaciones, los movimientos telúricos...

Siendo muy joven supo que la esperanza estaba prácticamente perdida para la humanidad: la forma de vida que para muchas generaciones atrás había sido normal ya no existía, y ahora lo cotidiano era la lucha por sobrevivir. Sabía que nunca podría tener una familia propia, hijos, a los cuales legar sus

conocimientos y sus cualidades: no sería tan irresponsable como para traer niños a un mundo a punto de morir, donde no tendrían alimento, ni agua, ni medicinas, ni futuro...

—Tal vez es simplemente lo que debemos hacer. —Jan sonaba tan calmado como siempre, pero dejó entrever una nota de derrotismo que sacó a Carin de sus casillas.

La chica gruñó, incapaz de soportar lo que ella consideraba una actitud pusilánime. Se levantó bruscamente de su silla para indicarle a Jan que la conversación había terminado, pues no quería discutir con él nuevamente.

—Aunque no lo creas, Pitt, tengo trabajo aquí. No tan interesante como en el área de exploración, pero es trabajo.

Él sonrió. Así era Carin, repentina y brusca.

—Está bien. Te dejo trabajar, pero me debes un café.

—Yo diría que eres tú quien me lo debe a mí —respondió ella, tratando de parecer casual.

Carin nunca había probado el café; Jan tampoco, de hecho, pero lo había dicho en tono de camaradería. Ambos habían escuchado y leído historias sobre esa mítica bebida que durante cientos de años deleitó a la humanidad, y que ahora solo existía en los anales de la memoria colectiva.

Capítulo 5

Las oficinas del Senado eran un verdadero laberinto de pasillos acristalados y asépticos.

Carin pensó que su atuendo femenino y formal encajaba perfectamente en ese ambiente; no estaba acostumbrada a vestir así, pero estaba consciente de que las circunstancias lo ameritaban. Además, tenía que usar todo su poder de persuasión ante el representante Morris y, por otra parte, sabía que vestida así nadie la reconocería.

Se había dejado suelto el cabello, que siempre llevaba en una coleta, y los mechones negros y brillantes le llegaban a la mitad de la espalda y cubrían parte de su pecho.

Al mirarse al espejo en su pequeño departamento, antes de salir, pensó que se veía realmente *sexy*. «Jan se volvería loco en verdad si me viera así» pensó, y rápidamente desechó la idea.

Se sentía nerviosa, a pesar de que, al principio, su idea le había parecido genial. Odiaba sentirse así, pero sabía que estaba corriendo un gran riesgo, uno que podría costarle no solo su carrera sino su vida.

La asistente de Morris le dijo amablemente que esperara mientras el senador terminaba con su reunión previa. No pasaron muchos minutos antes de que el mismo Morris apareciera en la puerta de su oficina y la invitara a entrar tras saludarle parca pero amablemente.

El senador la recordaba bien de las diferentes reuniones que había sostenido con el equipo, y la mirada que le dirigió de pies a cabeza reafirmó a la joven que lucía realmente bien. Él le indicó que tomara asiento frente a su escritorio y ambos se sentaron.

—Me sorprendió su llamada, señorita Marx. ¿En qué puedo ayudarla?

Carin estaba inmóvil en su silla. Trataba de aparecer tranquila y segura.

—Señor, como habrá leído en el último informe de Pitt, la misión Explorer Gab se encuentra estancada y, de hecho, está en serio peligro de ser cancelada, como usted bien sabe.

—Sí, estoy enterado de los pormenores. Se han perdido tres sondas, y no se tiene la menor idea de qué es lo que pudiera haberles sucedido.

—Señor, Jan Pitt y yo creemos que en este momento lo único que podría darnos una idea de lo que está ocurriendo es enviar a alguien a Gab XT.

Morris no dijo nada por unos segundos, pero la miró como si estuviera loca. Él ignoraba que Carin había quedado fuera de la misión de exploración, si lo hubiera sabido ni siquiera la habría recibido. Lo que estaba proponiendo era totalmente descabellado.

—Hablé con Pitt hace unos días, y no me dijo nada al respecto —dijo al fin.

—Él y yo lo estuvimos analizando estos dos últimos días y consideramos que es la única alternativa que nos queda.

Phillip Morris se inclinó hacia delante y posó sus codos en el escritorio.

—En este punto yo creo que no hay alternativas, señorita Marx. Debemos admitir nuestro fracaso. Además, no puedo negar que me parece sumamente extraño que Pitt esté considerando semejante «alternativa», si podemos llamarle así. Si hay algo que lo caracteriza es la prudencia, y hacer algo como lo que usted sugiere sería muy imprudente, creo. No concuerda con la forma de hacer las cosas de Pitt. Y por mucho que me gustaría saber qué es lo que está pasando en Gab, no puedo arriesgar una vida humana y millones de dólares en recursos.

—Señor, le pido que reconsidere...

—¿Por qué no vino el mismo Pitt a exponerme esta idea?

—Él pensó que tal vez yo podría ser más convincente. —La mentira se le ocurrió en ese momento, pero creyó que saldría del paso.

Phillip le dirigió una mirada muy significativa. Sí, por supuesto que Carin Marx podría ser muy convincente, ya que no solo era capaz de dar un discurso muy persuasivo, sino ofrecer una visión muy tentadora. Morris sonrió con malicia.

—¿Sí? ¿Y por qué?

Carin hizo una pausa efectista. Sus rasgos eran de piedra.

—Porque yo estoy dispuesta a ir allá.

Morris se respaldó nuevamente en su amplia silla giratoria.

—¿Está usted loca? —le preguntó con una sonrisa suspicaz.

—No, señor. Soy científica y, por ende, soy naturalmente curiosa. Y estoy segura de que, al igual que yo, usted se muere por saber qué le pasó a nuestras sondas. Además, ¿qué fue lo que nos llevó allá en primer lugar? El hallazgo de que puede haber agua y, después, la imagen inequívoca de una estructura construida por una inteligencia superior. No podemos ignorar eso, señor. Tenemos que ir y averiguar qué hay allá.

Morris la observó por unos segundos. Su argumento era muy sólido, pero él no estaba de acuerdo con su propuesta.

—¿Se ha puesto a pensar, señorita Marx, que tal vez lo que le pasó a las sondas, lo que sea que haya sido, es una señal de que debemos olvidar este proyecto? Las cosas pasan por una razón y, en este caso, tal vez lo mejor es claudicar.

—¿Cuándo la humanidad ha seguido semejante premisa? —dejó escapar Carin antes de pensarlo claramente.

Morris la miró sorprendido.

—Señor, hay algo allá, y debemos averiguar qué es. Encontramos rastros de agua, eso es muy significativo. Tenemos que averiguar si Gab XT pudiera llegar a ser apto para la vida humana, en ese caso pudiera ser la solución a todos nuestros problemas, señor. Usted y yo sabemos que la Tierra no aguantará mucho más. —Al ver que Morris estaba meditando en sus palabras, continuó, dispuesta a conseguir lo que se había propuesto—. Yo estoy dispuesta a ir, y estoy totalmente dispuesta a asumir los riesgos, cualesquiera que sean. Lo haré por escrito, si quiere; usted no tendrá ninguna responsabilidad, tampoco Pitt. Iré bajo mi propio riesgo.

El senador se quedó pensando por un instante. No podía negar que Carin tenía un buen punto. La imagen de la estructura era sumamente inquietante, prácticamente no dejaba lugar a dudas de que había sido hecha por seres inteligentes. Además, en Gab XT había agua.

Pero enviar allá a un ser humano entrañaba un riesgo incalculable. Y aunque estaba prácticamente convencido de que no aceptaría la propuesta de Carin, tenía que pensarlo.

—Tiene que darme tiempo para considerarlo. Presenté el informe de Pitt ante la comisión, pero tengo unos días antes de que me den un veredicto, así que aún puedo plantear esta propuesta. Llamaré a Pitt tan pronto como tenga una respuesta de la Comisión.

—Señor, le agradecería si pudiera darme su respuesta directamente. Pitt ha estado muy ansioso por todo esto, y creo que le sentará mejor si yo le comunico el resultado personalmente.

Morris frunció el ceño.

—Casi puedo asegurarle que la comisión nunca aceptará enviar a una persona a Gab XT. Pero me comunicaré con usted tan pronto tenga una respuesta.

Se puso de pie para indicar que la reunión había terminado. Estrechó la mano de la chica, y en su expresión ella pudo notar que él la consideraba muy valiente por pretender asumir un riesgo tan grande.

—Esperaré su llamada —dijo ella, y salió.

Capítulo 6

Aunque de acuerdo al reloj atómico de la cápsula han transcurrido solo unos cuantos minutos desde que dejé la Tierra, siento como si hubiesen pasado horas. Tal vez se debe al hecho de estar solo atada a mi asiento, viendo pasar el universo (o, más bien, viéndome pasar a través del universo), sin hacer nada más que pensar.

Estoy emocionada, y nerviosa. Soy el primer ser humano que viaja a través de un puente Einstein-Rosen.

Recuerdo la fascinación que sentí cuando leí por primera vez acerca de ellos. Las teorías sobre los agujeros de gusano se remontan a siglos atrás, pero yo sentí como si fuera lo más reciente en descubrimientos del espacio.

Cuando Lichtein y Moritz publicaron que finalmente habían logrado resolver el problema de la materia exótica, traté de imaginar lo emocionante que sería viajar a través de un puente Einstein-Rosen.

Fue en ese momento cuando decidí que sería astrofísico. Tenía que saber más, mucho más sobre eso...

El borde del agujero de gusano empieza ensancharse. Puedo ver cómo cambia la atmósfera. Veo a lo lejos la superficie de Gab. Oprimo el control para disminuir la velocidad a la que viaja mi cápsula. Tengo que ser muy rápida pues ya estoy muy cerca. Esto es tan emocionante, no se parece a nada que haya visto o sentido antes en mi vida. Siento que el estómago me sube hasta la boca, pero estoy demasiado excitada para que me importe. Veo claramente el suelo. Apenas tengo tiempo de maniobrar. La cápsula choca casi con violencia en la superficie rocosa y polvorienta de Gab. ¡Lo logré, he llegado!

A duras penas Carin había logrado controlar su aprensión. Esos días habían transcurrido muy lentamente mientras esperaba la respuesta del senador Morris.

Estaba prácticamente segura de que la respuesta sería un rotundo «no», pero aun así estaba ansiosa.

Dejó la oficina a las 6 de la tarde, y estaba a punto de subir a su motocicleta cuando recibió una llamada. Era Morris.

—Señorita Marx, la comisión aceptó. Irá usted a Gab XT.

Continuó hablándole de algunos detalles administrativos y de seguridad, pero Carin apenas lo escuchó, estaba en shock. Iría a Gab XT. Su sueño se haría realidad.

—Sé que usted quería ser quien le informara a Pitt sobre esto, pero él ya tiene el informe por escrito.

¡Ups! Eso la hizo poner los pies nuevamente sobre la Tierra. Pitt, ¿cómo lo enfrentaría? Sabía que no lo tomaría nada bien. Él había dejado las instalaciones de la agencia un poco antes que ella, así que seguramente se enteraría hasta el día siguiente, cuando viera su correo.

Dudó entre ir en ese mismo momento a verlo o esperar al día siguiente. Pensó que la segunda opción era lo mejor.

Prácticamente no durmió, y al día siguiente llegó muy temprano a la agencia. Se dirigió a su pequeño cubículo en el área del laboratorio, pero aún no se había sentado tras su escritorio cuando Jonas Becker llegó tras ella.

—Carin, Pitt quiere verte. —Parecía muy agitado, como si hubiese corrido una larga distancia para llegar allí.

Sintió un escalofrío recorrer su columna. Había llegado el momento de enfrentar a Pitt, y por primera vez en su vida lo temía.

Fingió inocencia y preguntó a Becker si sabía para qué quería verla. Su compañero parecía muy ansioso.

—No lo sé, pero debe ser algo serio. Está furioso, Carin, nunca lo había visto así.

¿Para qué había preguntado?

Tocó a la puerta de la oficina de Pitt con muy poca fuerza, pero él logró escuchar dado que todo el lugar, debido a la hora, estaba casi en silencio total.

—Pasa. —La voz de Pitt sonaba neutral, como casi siempre.

Carin entró, y por un momento se sintió como cuando era pequeña y visitaba la oficina del director de la escuela porque había hecho alguna de sus típicas travesuras.

Saludó a Pitt con un dulce «buenos días» y su sonrisa de 10, pero no surtió efecto. Jan la miraba desde su silla, impassible, sin mover un solo músculo.

«¡Por favor, que diga algo!» pensaba Carin, que se sentía cada vez más pequeña bajo la terrible mirada de Pitt mientras pasaban los segundos, uno tras otro, y él no variaba su postura.

Finalmente, no pudo soportarlo más.

—¿Y bien? —Sonaba aprensiva, pero Jan la ponía muy nerviosa.

Él continuó en silencio.

—Pitt, por favor, di algo. —No pudo evitar el temblor de súplica en su voz.

Pitt siguió inmóvil, fulminándola con la mirada. Por fin, después de unos segundos terribles para Carin, decidió romper el silencio:

—Felicidades, irás a Gab.

Ella volvió a sentir el escalofrío recorrer su médula. Pitt había sonado tan frío, pero su voz ronca delataba su rabia.

—Jan, quiero explicar... —Tuvo que guardar silencio al ver la expresión de él.

Pitt cerró los ojos y apretó sus manos en un puño como si estuviera conteniéndose para no golpear lo primero que encontrara a su paso.

—No digas nada, Carin, solo vete. No quiero verte.

¿No quería verla? Entonces, ¿para qué la había llamado? Estaba confundida, nunca lo había visto así. Hubiera esperado, y hasta deseado, que él le gritara, que vociferara llamándola demente, imprudente e irracional. Podía lidiar con eso, pero no con su frío desdén.

—Jan, por favor.

—¡Sal de mi oficina, maldición! —vociferó, sus ojos rojos de ira.

Sintió que el corazón iba a salirse del pecho. Salió en silencio. «Esta vez sí la hice en serio» pensó, con un nudo en la garganta.

Siguió caminando con paso firme por la sala de control; tenía que salir de ahí, no quería que Becker o cualquiera que ya estuviera ahí la vieran: estaba a punto de llorar. Jamás hubiera imaginado que le dolería tanto ser reprendida de ese modo tan escueto y a la vez tan severo por parte de Pitt.

Lo habría soportado viniendo de cualquier otra persona, pero no de él. ¿Qué

había hecho? De pronto empezó a pensar en las consecuencias de su nada insignificante travesura.

Había transgredido las normas, había mentido, había hablado en nombre de Pitt y ahora estaba arriesgando su relación con él. No tenía idea de qué haría él respecto a la misión, y mucho menos sobre ellos dos.

¿Ellos dos? Pero no había nada entre ellos dos. Ambos habían sido unos cobardes, escudándose en un supuesto apego a las normas de la agencia, que establecía una rigurosa vigilancia a las relaciones entre colegas para evitar conflictos internos, habían dejado pasar el tiempo esperando cada uno que el otro tomara la decisión de hablar claramente, de dar el paso definitivo.

Carin era renuente a enamorarse, no quería atarse a una persona cuando sus anhelos y pasiones estaban incluso fuera del planeta Tierra, pero no podía negar que Pitt la sacaba de balance, la atraía, la llenaba de ternura y a la vez de deseo, la trastornaba y la hacía dudar de sus propios sueños.

Se encerró en su pequeño cubículo y lloró como no lo había hecho en años, no desde que murió su padre. Había logrado su objetivo, pero ¿a costa de qué?

Pitt trató de recuperar el ritmo de su respiración cuando Carin salió de su oficina. Estaba seguro de que si ella no se hubiera ido la habría zarandeado. Nunca se había sentido tan impotente, tan traicionado ni tan invadido por la ira como en esos momentos.

Siempre había sabido que Carin era rebelde y problemática, porque no se quedaba con las ganas de salirse siempre con la suya, pero esta vez había traspasado todos los límites. Había actuado a sus espaldas, a sabiendas de que él estaba totalmente en contra de lo que proponía; había hablado en su nombre, con lo cual, sentía, ponía en entredicho su cordura y su postura de científico responsable y objetivo; pero, sobre todo, estaba arriesgando su vida por una empresa incierta y por demás peligrosa.

Estaba furioso, sí, le había ordenado a Carin que se fuera porque estaba seguro de que no podría contenerse si ella seguía ahí y no quería decirle algo de lo que pudiera arrepentirse por el resto de su vida.

Se quedó cavilando con los codos sobre su escritorio y el rostro entre las manos. ¿Qué haría?

¡La muy estúpida! Él no podría abandonar la misión porque entonces Morris sabría que todo había sido un engaño y seguramente cancelarían Explorer Gab, y por muy prudente que él fuera, no quería eso, no hasta agotar todas las posibilidades; además, si el senador descubría que Carin le había mentado, la metería en un serio problema, seguramente su carrera llegaría a su fin.

Las posibilidades que él hubiera podido considerar, empero, no incluían que Carin o cualquier otro ser humano fueran allá.

Por otra parte, si la muy cabeza dura iba a arriesgarse, él quería estar al frente para asegurarse de que se hiciera todo lo posible para resguardar su seguridad.

Tuvo que salir de su oficina porque sentía que iba a ahogarse. Becker, Quinland y Flyn lo vieron pasar por la sala de control como un alma en pena. No se detuvo a mirar a nadie, solo salió.

Los tres se miraron entre sí, Becker ya les había informado que Pitt estaba fuera de sí, y que seguramente era por algo muy grave que había hecho Carin. Guardaron silencio y continuaron trabajando, pero Pitt no volvió en todo el día.

Capítulo 7

La cápsula Terrian aterriza (o «gabiniza») suavemente sobre el terreno polvoriento. Puedo ver que está conformado por lo que parece ser una tierra suelta, muy fina, de color amarillo; por todos lados se ven rocas que son golpeadas por el viento que azota el lugar y el polvo que forma cortinas de ráfagas amarillas.

El cielo, en el fondo, luce un surrealista tono entre rojo y anaranjado. Tal vez se trata del crepúsculo, Gab se encuentra bajo la tutela de la estrella Juzu9214, muy semejante a nuestro sol en su composición, aunque tres veces más masivo.

—Tierra, Tierra, ¿me escuchan? He llegado a Gab XT, aún no salgo del Terrian, pero estoy a punto de hacerlo. Exploraré muy cerca de la cápsula y luego me resguardaré, pues parece que va a anochecer aquí. —Me comunico con la sala de control.

Quinland confirma que me copian y que reciben las primeras imágenes enviadas por la cámara que llevo en el casco. Aprueba mi plan y me indica que puedo continuar con la exploración al amanecer nuevamente en Gab, lo que, de acuerdo a nuestros cálculos, ocurrirá 56 horas terrestres después de que se oculte Juzu9214. Al parecer, las noches son muy largas en Gab.

No sé qué haré durante tanto tiempo. ¿Dormir? Sonrío. Casi no he podido dormir últimamente, y seguramente no podré hacerlo aquí, aunque sé que debo descansar.

Estoy muy excitada, casi no puedo describir lo que siento: miedo, ansiedad, expectación, júbilo, incertidumbre, todo junto en una maraña convulsa.

Ojalá Pitt me hablara, añoro escuchar su voz (muero por escuchar su voz),

pero apenas me dirigió la palabra en los días previos a mi partida, y sé que lo último que quiere es hablarme. Sé que no me odia, pero no sé si podrá perdonarme lo que hice. Miento, tengo la certeza de que no lo hará; él mismo me lo dijo, y no se refería solo a mi bien elaborada actuación ante Morris.

—Si mueres allá, nunca te lo perdonaré.

Sus palabras resuenan en mi mente, su rostro casi rozando el mío, la ansiedad en su mirada, el deseo... el amor.

Salgo con cuidado del Terrian; el viento se calmó un poco; el firmamento está más rojo y gran parte de él ya luce un azul oscuro, casi negro, mientras muchísimas estrellas tachonan el fondo. Envío la imagen a la Tierra.

—Es hermoso, Carin —dice Quinland, y puedo adivinar en su voz la misma emoción que siento yo.

La gravedad hace que me mueva un poco más lento que en la Tierra, pero a pesar de ello me siento ligera. La sensación al pisar el terreno por primera vez es sorprendente. Hago un giro completo para que el equipo de control tenga una panorámica del lugar donde me encuentro. Al parecer no hay nada más que tierra, rocas y viento. Cuando amanezca podré alejarme un poco y ampliar el recorrido.

Se supone que llegué al mismo lugar donde arribaron las sondas, pero no se ven rastros de ellas. Tendré que esperar la luz del día. Ahora trataré de dormir.

Capítulo 8

Carin estuvo segura de que nunca había sufrido una tortura semejante en toda su vida.

Jan no abandonó la misión, estaba muy entregado a los preparativos para enviarla a Gab, pero no le dirigía la palabra, a menos que fuera completamente indispensable.

Ella extrañaba su voz, sus regaños cariñosos, sus llamadas de atención, su mirada llena de deseo. Si alguna vez necesitó un puntapié para aceptar que estaba enamorada de Pitt, él mismo le estaba dando una enorme y dolorosa bofetada con guante blanco al ignorarla de forma tan descarada, aunque estaba segura de que también se estaba quemando por dentro.

Había tratado de abordarlo una o dos veces para explicarle sus razones, para pedirle disculpas, incluso, pero él se negaba terminantemente a escucharla.

—Ahora no, estoy muy ocupado —le decía cuando se le acercaba con la intención de hablarle.

Su frialdad le dolía más de lo que quería admitir, pero, aunque perder a Jan fuera una de las consecuencias de ir a Gab, estaba casi dispuesta a afrontarla. Se concentró en su próximo viaje interestelar.

A pesar de su excitación, o quizá por eso mismo, los días pasaron con una rapidez pasmosa. La fecha de salida se había fijado para el 10 de julio. Todos estaban nerviosos y expectantes, y un día antes tuvieron una larga reunión para ultimar los detalles y preparar a Carin en materia del protocolo de seguridad, toma de muestras y envío de resultados.

—Carin, estás a punto de hacer historia —le dijo Bertha Flynn en voz baja mientras los demás miembros del equipo discutían algunos detalles técnicos.

Ella sonrió nerviosa. «Para bien o para mal» pensó.

—Quisiera decir que soy tan valiente como tú, pero sería mentir. Y yo sé por qué lo haces.

Carin la miró con los ojos muy abiertos. ¿De verdad lo sabía? Todos asumían que estaba loca, ni siquiera atribuían sus afanes a la curiosidad científica, sino a una temeridad demente. Otros, incluso, pensaban que iba tras la fama.

—¿De verdad? —preguntó, asombrada y esperanzada.

Por primera vez en su vida sentía la necesidad de que alguien la comprendiera, ya que ni siquiera Pitt parecía hacerlo.

—Sé que la curiosidad es una motivación muy grande, pero también sé que estás sacrificándote. Quieres buscar alternativas para la supervivencia humana, y eso es muy loable. —Su voz dulce y serena resultaba muy reconfortante en esos momentos.

Bertha apretó una mano a Carin cariñosamente.

—Espero que tengas mucho éxito allá pero, sobre todo, que regreses sana y salva. Te estaremos esperando, especialmente Pitt —agregó con cierta picardía.

Carin trató de sonreír, a pesar de sus ojos llenos de lágrimas.

—Si no muerdo allá, Pitt va a matarme al regresar. —Trató de bromear.

—Por supuesto, se muere de ganas. —Apretó nuevamente su mano y se marchó.

Pitt se sorprendió al escuchar unos toques en su puerta.

—Carin, ¿qué haces aquí? Deberías estar descansando.

La joven sonrió tímidamente. Por primera vez en muchos días Pitt le dirigía más que fríos monosílabos.

—Sí, lo sé, pero ¿quién puede dormir en estas circunstancias? —Trató de sonreír y sonar casual, pero no consiguió engañarlo.

Sabía que estaba asustada, y le hubiera gustado preguntárselo directamente para que ella se desahogara, pero la conocía demasiado bien como para saber que ella jamás lo admitiría.

Él le hizo un gesto en señal de que pasara, y se dirigieron al patio trasero. Jan se sentía asfijado dentro, y quería un poco de aire fresco.

—¿Quieres una cerveza? —Ofreció, serio.

—No debería beber nada de alcohol esta noche —replicó ella, no muy convencida, preguntándose cuánto habría pagado Pitt en el mercado negro por ese brebaje amargo y corrosivo, hecho quién sabía con qué dudosos ingredientes.

—Es tu última noche en la Tierra, mereces una cerveza —volvió a decir con gran seriedad, y se dirigió a la cocina.

Volvió unos segundos después con dos botellas. Ambos estaban recargados en una pequeña y vieja mesa de madera; en silencio dieron un largo y concienzudo trago a sus bebidas.

—Estás muy convencido de que no regresaré. —Rompió ella el silencio.

Jan suspiró, movió la cabeza arriba y abajo, y se quedó mirando al piso.

—Sabes bien que no me caracterizo por ser precisamente optimista.

—Entonces no sé por qué eres científico —espetó ella, medio en broma, medio en serio.

Dieron otro trago a sus cervezas.

—¿A qué has venido, Carin? —La voz suave de Jan le produjo un escalofrío.

Esa era la voz que extrañaba, la voz que amaba, que la hacía estremecer.

Se volvió para quedar de frente a él.

—Necesitaba verte —respondió sencillamente.

Él se quedó inmóvil, tratando de ocultar su nerviosismo por la cercanía de esa mujer, que en ese momento lo miraba fijamente a los ojos.

—Necesito aclarar las cosas contigo. Saber que estamos bien. —La ansiedad en sus ojos color miel lo estaba quemando.

Él cerró los ojos, frustrado, y sonrió sarcásticamente.

—Es casi imposible estar bien contigo, Marx.

—¿Es que no vas a perdonarme? —La súplica dejó sus labios antes de que siquiera lo pensara conscientemente.

—¿Perdonarte? Tal vez si regresas de Gab con vida, Carin, y, aun así, no lo sé. Eres tan impulsiva que no se puede contar contigo, nunca se sabe qué es lo que harás después. —Hizo una pausa al darse cuenta de que estaba reprochándole lo mismo de siempre, y no tenía deseos de tener esa discusión otra vez—. Lo único que sé es que, si mueres allá, nunca te lo perdonaré.

Eso era todo lo que necesitaba, esas palabras dichas con tanta ansiedad, y su mirada abrasadora. Lo tomó completamente por sorpresa cuando lo besó intempestivamente; posó la botella de cerveza sobre la mesa y, tomándolo por

el cuello, lo acercó a su boca antes de que él pudiera reaccionar.

El cerebro de Pitt dejó de pensar por unos segundos y cedió todo el control a sus emociones. La tomó por la cintura y la acercó a él hasta que ya no quedó distancia entre sus cuerpos. Carin gimió al sentirlo tan cerca. Pitt olía delicioso y su sabor a cerveza la excitó todavía más. De pronto tuvo mucho calor y sintió un placentero cosquilleo recorrer todo su cuerpo.

Vagamente pensó que, si esa era su última noche en la Tierra, iba a disfrutarla con el hombre que amaba.

Pitt gimió de placer cuando ella posó sus manos sobre su pecho y su abdomen, pero cuando intentó sacar su camiseta de sus pantalones volvió a la realidad.

Haciendo un doloroso esfuerzo logró separarse de ella. Estaba acalorado y su respiración, agitada; esquivó la mirada de reproche de Carin, que no entendía por qué se había detenido.

—No —dijo él, solamente.

Ella buscaba su mirada.

—¿No? ¿Por qué? Jan, por favor. —Quiso tomar el rostro de Jan entre sus manos, pero él las detuvo a medio camino y salió de entre la mesa y el cuerpo de Carin.

—No puedo hacerlo, Carin. —Parecía molesto y asustado.

¿Asustado, de qué?

Carin ardía en deseos, y estaba segura de que él también. No entendía por qué se negaba, sobre todo, dadas las circunstancias.

—Será mejor que te vayas a descansar —le dijo mientras se dirigía a la puerta.

Amaba a Carin, eso ya lo había aceptado, y se moría por estar con ella y compartir su vida y su intimidad, pero sabía que eran incompatibles: él era todo sentido común, prudencia, objetividad. Ella... ella era una fuerza de la naturaleza, y él estaba seguro de que, si se dejaba arrastrar por el Huracán Carin categoría siete, quedaría devastado.

El rostro de la chica estaba carmesí, no solo por la frustración, sino porque le dolía hondamente ser rechazada de esa forma por el único hombre al que realmente había amado. Sabía que Pitt la deseaba tanto como ella a él, pero no entendía por qué se resistía a dar el siguiente paso.

Le hubiera gustado mirarlo a los ojos y mostrarle toda su furia, pero se negó a darle esa satisfacción; pasó por su lado como una ráfaga mientras él sostenía

la puerta, y no se volvió a verlo.

Subió a su vehículo maldiciendo en silencio. Por lo visto Pitt era aún más cobarde que ella, o quizá había malinterpretado las señales. Pero estaba segura de que el fuego que veía arder en esos ojos azules cuando la miraba era deseo puro, deseo y amor.

No es que ella tuviera mucha experiencia con el amor; le gustaba divertirse y había tenido varios compañeros a lo largo de su vida, pero nunca había sentido con ninguno de ellos lo que sentía cuando Pitt la acariciaba con la mirada, cuando le hablaba con esa voz grave y a la vez suave, o cuando la rozaba accidentalmente mientras discutían algún aspecto del trabajo. Ese estremecimiento, esa ansiedad, las mariposas en el estómago tenían que ser amor.

Esa fue la noche más larga de su vida, hasta ese momento, y al día siguiente tenía un terrible dolor de cabeza por las lágrimas de frustración y arrepentimiento que se negó a derramar por ese idiota que no se atrevía a admitir que la amaba.

Capítulo 9

Cincuenta y seis horas son mucho tiempo para tratar de dormir. Logré hacerlo a intervalos más o menos largos durante unas seis horas, pero ya no puedo conciliar el sueño.

Me pregunto si hay alguien en la sala de control con quien pudiera hablar en estos momentos. A mi alrededor todo está oscuro, las tinieblas se instalaron en la superficie de Gab como si fueran a durar una eternidad.

A pesar de la ansiedad, o quizá por ella, no tengo apetito, y aunque tuviera, no estoy muy segura de poder comer. Tal vez no lo había pensado con claridad, pero es hasta este momento, en que estoy totalmente sola, en un planeta a cientos de miles de años luz de la Tierra, sin nadie con quien hablar, envuelta en la total oscuridad, cuando me doy cuenta de lo que he hecho. Y tengo miedo. Temo morir aquí, sola, asfixiada, quemada o aplastada por una roca arrojada por los fuertes vientos.

Ahora veo que calculamos mal el momento de mi arribo. Debimos programarlo para que fuera a primera hora del día de Gab. Pero todo fue tan rápido.

Pienso en Pitt. No quiero creer que perdimos nuestra oportunidad, quiero ser optimista y pensar que volveré a la Tierra y entonces...

Será mejor que me concentre en algo o me volveré loca. Afuera solo se escucha el silbido de los vientos gabianos. ¿Es que nunca dejan de soplar? Supusimos que la atmósfera de este planeta puede ser favorable para la vida de organismos primitivos, pero con estos vientos no estoy segura de ello.

Enciendo mi dispositivo de música. Afortunadamente el equipo no puso objeción respecto a que lo trajera, por el contrario, dijeron que me sería muy útil. Por supuesto, en este momento la música es lo único que mantiene

mi cordura.

Trataré de descansar. Bitácora de exploración, cambio y fuera

—Carin, aquí control, ¿me escuchas? Carin, adelante.

La voz de Quinland me llega desde muy lejos. Creo que por fin logré quedarme dormida. Aún está muy oscuro. Miro el reloj atómico: han pasado dieciséis horas desde que oscureció en Gab. No sé qué hora es en la Tierra.

—Te escucho, Quinland, fuerte y claro.

Wow. No deja de maravillarme el que sea posible comunicarme con la Tierra, pero el poder manipular el agujero de gusano abre la puerta a miles de posibilidades. A pesar de ello, aquí puedo ver lo insignificantes que somos: nuestro planeta, tan valioso, tan querido, tan abusado y devastado, es solo un punto menos que microscópico en el infinito, y nosotros somos poco más que nada, más pequeños aún. ¡Cómo pudimos ser tan soberbios y pensar que somos el centro del universo!

—Solo queríamos asegurarnos de que te encuentras bien, Carin. Faltan aún algunas horas para el amanecer en Gab.

¿Algunas horas? Poco menos de 40, para ser exactos.

—Estoy bien, Quinland. ¿Cómo están todos allá?

—Expectantes, emocionados. —Baja un poco la voz—. Pitt está muy ansioso, pero trata de aparecer tan calmado como siempre.

Trago saliva con dificultad. Pitt, Pitt.

—Sí, lo sé, Quinland.

—¿Cómo es todo allá?

—Por el momento, oscuro. Corren fuertes vientos, aunque parece que se calmaron un poco. La cápsula está bien asegurada al terreno, no se mueve, a pesar del viento.

—Pitt me pregunta si ya comiste.

—Ya comí —miento.

Pitt se preocupa por mí, lo sé, siempre lo ha hecho. Y me reconforta que me cuide, aun a esta distancia, y a pesar de que no me dirija la palabra. En estos momentos daría cualquier cosa por escuchar su voz.

Ya no estoy furiosa con él. Creo que entiendo por qué me rechazó, aunque

no estoy de acuerdo con sus razones. No creo que se haya negado por crueldad o por falta de deseo: él solo se estaba protegiendo.

—¿Quieres seguir hablando, o deseas descansar? —me pregunta Quinland, interrumpiendo mis cavilaciones sentimentales.

—Háblame, Quinland. Dime, ¿cómo están todos?

Sueno como si me hubiera ido hace algún tiempo, pero necesito que me distraigan. Quinland empieza a hablarme de cómo han transcurrido las últimas horas en el centro de control. Lo escucho vagamente mientras trato de concentrarme en la música que tengo de fondo.

—Carin, te tengo una sorpresa.

Mi corazón se detiene por un instante: tal vez Pitt decidió retirarme el castigo y accedió a hablar conmigo.

—Tu madre está aquí.

Suelto el aire. Bueno, no es Pitt, pero es tan bueno como eso.

Mi madre me suplicó que no viniera, me rogó, literalmente me imploró, que dejara de lado esta absurda aventura. Mi padre no lo habría hecho, él habría asentido en silencio y me habría dado una palmada en el hombro para mostrarme su apoyo. Supongo que hay grandes diferencias entre el amor de madre y el de un padre. Las madres son más apasionadas, más apegadas; un padre nos ama casi igual, pero está más dispuesto a dejarnos volar.

Para mi madre, mis sueños eran solo eso, algo que existía solo en mi mente, imposible de materializarse. Mi padre, en cambio, no solo me apoyó, sino que me alentó a luchar por convertirlos en realidad.

«Siempre habrá gente que buscará convencerte, por todos los medios, de que lo que piensas, lo que sueñas, no puede lograrse, te dirán que es imposible. No permitas que te convenzan de ello, tú puedes lograr cualquier cosa» solía decir mi padre.

Yo llegué al mundo en un momento en que las pocas comunidades humanas que quedaban después del gran cataclismo vivían segregadas en pequeñas ciudades que habían logrado levantar con restos de lo que había sido la civilización. La tierra ya era prácticamente estéril, el agua, muy escasa, y era muy difícil conseguir cualquier satisfactor que antes hubiera sido cotidiano. Mi madre hacía como que no se daba cuenta de la situación, pero mi padre siempre luchó por tratar de revertirla, en la medida de lo posible.

Vuelvo al presente al escuchar la voz de mi madre, que no puede contener

el llanto al hablar conmigo; me pregunta cómo estoy, cómo es Gab, si me siento segura...

Después de hablar con ella me dejan descansar unos momentos. Vuelvo a dormirme, a pesar de la ansiedad. Y a pesar de lo eterno que me parece, transcurren las cincuenta y seis horas. Empiezo a ver a Juzu9214 asomarse por el horizonte. Al fin podré salir de esta cápsula y hacer lo que vine a hacer: explorar.

Capítulo 10

Tan pronto los primeros rayos de Juzu9214 empezaron a iluminar la superficie de Gab, Carin salió de la cápsula, tras comprobar los niveles de oxígeno y la presión de su traje. Tomó el equipo de toma de muestras y salió.

Los vientos se habían calmado y solo en la superficie se veía una ligera capa de polvo amarillento que volaba suavemente.

Empezó a caminar lentamente muy cerca de la cápsula y luego se alejó un poco hacia un pequeño montículo de piedras. Se preguntó cuál sería la temperatura: su traje estaba totalmente templado. Echó un vistazo a su equipo: 14 grados Celsius. ¡Vaya! Ella hubiera pensado que hacía calor.

—Tierra, ¿me copian? Ya salí de la cápsula, estoy enviando imagen en tiempo real. Hasta el momento solo he explorado muy cerca de la cápsula. No veo rastros de las sondas.

En la Tierra, todo el equipo observaba atento las imágenes que Carin estaba enviando. Un silencio sepulcral inundó la sala de control. Pitt estaba recargado en los controles, observando la pantalla casi sin parpadear. En ese momento hubiera dado cualquier cosa por ver el rostro de Carin. Pero tendría que conformarse con su voz.

—Aquí hace frío, la temperatura, según mis mediciones, es de 14 grados Celsius. Yo creía que sería cálido. Los vientos se han calmado, y ahora puedo explorar con tranquilidad. Juzu9214 ha salido por completo, y puedo ver el horizonte. Vean el cielo.

La mujer elevó el casco para que sus compañeros pudieran ver los diferentes matices de verde que presentaba el cielo de Gab a primeras horas de la mañana.

—Seguiré explorando en unos promontorios de roca, cercanos. Tal vez ahí

haya rastros de nuestras sondas.

—Adelante, Carin, ten cuidado —respondió Quinland, mientras todos seguían atentamente sus movimientos.

Carin llegó a donde estaba uno de los montículos y empezó a buscar en el terreno rastros de las sondas. Cruzó el bulto de roca y llegó a una parte más elevada del terreno. Todo en millas a la redonda parecía ser desierto de tierra amarilla.

Se agachó para tomar una muestra de tierra.

«Esto es muy interesante» se dijo a sí misma al comprobar que era similar a los terrenos de la Tierra.

Estaba sentada en cuclillas cuando, a lo lejos, creyó distinguir un destello sobre la superficie. Se quedó mirando a la distancia, esperando volver a verlo. En ese momento escuchó un ligero ruido tras ella, y antes de que pudiera volverse para ver qué lo había provocado, todo se tornó negro.

—¡Carin, Carin! ¿Me escuchas? —Quinland intentaba desesperadamente establecer contacto con la joven exploradora, sin éxito.

Todos miraban atónitos a las enormes pantallas que, una vez más, mostraban solo estática.

Pitt se había transformado en una estatua. No movió un solo músculo durante dos eternos minutos. Cuando pareció salir del trance, cerró los ojos, suspiró, y antes de dirigirse a su oficina le dijo a Quinland, sin mucha convicción:

—Sigue intentando hacer contacto con Marx.

Todo el equipo lo observó marcharse en silencio.

Capítulo 11

Carin abrió los ojos lentamente y tuvo que cerrarlos de nuevo porque la cegó la luminosidad del lugar en que se hallaba. Muy despacio, volvió a abrirlos, cubriéndose con una mano. Logró ver lo que parecía ser un techo, muy alto, de color blanco. Se sintió muy desconcertada, no recordaba dónde se encontraba.

Su mente dispersa empezó a sedimentarse y abruptamente recordó el agujero de gusano, la cápsula, la exploración, y luego, nada.

Se sentó de prisa y echó un vistazo; todo era blanco, incluso la especie de diván en que hasta hacía unos segundos estaba recostada.

Una puerta, también blanca, se abrió lentamente en la lejana pared a su izquierda. El corazón de la mujer empezó a latir a un ritmo desmesurado y por un instante pensó que se detendría. Una figura muy alta, delgada y estilizada apareció tras la puerta.

Carin dejó de respirar; se preguntó si se trataba de un sueño o si estaba muerta. En ese momento se dio cuenta de que no tenía el casco. El miedo se apoderó de ella. «¿Qué está pasando?» pensó, más asustada de lo que hubiera estado nunca en su vida.

La figura se acercaba lentamente a ella; llevaba una charola en ambas manos, con lo que parecían ser vasos o tazas. Se paró frente a ella, a una distancia prudente. El corazón de la muchacha latía desbocadamente, lo sentía martillar en su pecho y en su cabeza, y pensó que iba a darle un infarto. Instintivamente trató de echarse hacia atrás, horrorizada.

—Despertaste —le dijo con una voz que parecía irreal, con un acento difícil que trastocaba las vocales y marcaba fuertemente las consonantes.

La joven terrestre abrió los ojos y la boca en una expresión de profundo terror y asombro absoluto, pero no pudo emitir ningún sonido.

La figura, que llevaba un traje pegado a su largo cuerpo, la miró con sus grandes ojos negros.

—Entiendo que debes estar asustada, pero no hay nada que temer —hablaba despacio, como si le costara articular los sonidos.

Vagamente, Carin pensó nuevamente que seguramente estaba soñando. ¿O estaba muerta?

—¿Dónde estoy? —Logró preguntar cuando controló la terrible sensación en su estómago.

—Estás en nuestro hogar. —Aquel ser marcaba mucho las erres y Carin tuvo que esforzarse por entender lo que decía.

La respuesta no le ayudaba mucho. ¿Dónde era «su hogar»? ¿Seguía en Gab?

—Sé que tienes muchas preguntas, todas serán contestadas. Ahora, bebe. — Le ofreció una especie de taza.

—¿Qué es? —preguntó Carin, temerosa, echándose hacia atrás.

—Agua —dijo simplemente.

Estiró el brazo para tomar el recipiente, tratando de mantener la mayor distancia entre ella y esa criatura, pero sin quitarle la vista de encima.

Miró el líquido: efectivamente, parecía agua. Lo bebió. Tenía un ligero sabor que Carin no supo identificar, pero en general, era muy similar al agua terrestre.

—¿Qué fue lo que me pasó? —cuestionó, tratando de controlar sus miedos.

Jan Pitt estaba sentado frente a su escritorio, inmóvil. En la pantalla de su ordenador, una imagen de Carin miraba hacia un costado, sus ojos color miel brillantes a la luz del sol, mientras algunos cabellos que habían escapado a su coleta volaban rebeldes junto a su rostro.

Era muy hermosa, aunque ella misma se negara a admitirlo. Pero no era eso lo que Pitt más admiraba en ella.

Por primera vez en su vida le hubiera gustado ser optimista, pero estaba casi seguro de que Carin había sufrido un destino fatal.

No sabía cómo sentirse. Estaba molesto, furioso con Carin, por haber insistido en esa disparatada aventura; pero también estaba triste: no era justo que una chispa vital como la suya, tan brillante, se hubiera extinguido así.

Él sabía, como ella, que estaba destinada a grandes cosas. No se conformaba con menos de lo que podía obtener, y muchísimo menos aún, con algo que no igualara, como mínimo, sus expectativas de lo que ella podía hacer o dar.

Pensó en la noche anterior y un estremecimiento súbito sobrecogió sus entrañas. Recordó cómo Carin lo había besado, cómo se había pegado a su cuerpo en busca de su calor, su consuelo y su amor. A pesar de la discreción y el recelo de ambos, estaba seguro de que Carin sabía que él la amaba.

¿Qué hubiera pasado si hubiera cedido a la tentación? Habría sufrido combustión espontánea durante una noche, y luego habría seguido quemándose lentamente por dentro durante toda una eternidad sin ella. Porque, aunque Carin no se hubiera ido, aunque regresara sana y salva, estaba convencido de que ella no se conformaría con un modesto astrofísico que prefería casi cualquier cosa antes que arriesgarse a cometer una pequeña locura.

De pronto sintió un gran vacío en el estómago y por un momento sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Qué le quedaba? Un trabajo frustrante en muchos aspectos, una casa solitaria, un futuro incierto en un planeta moribundo. Carin era lo único que había logrado darle un poco de gusto y esperanza (y un tanto de adrenalina) a su ordenada y sistemática vida.

Sabía muy bien por qué ella había decidido ir a Gab: no era por la fama ni por sueños de grandeza, o por pasar a los anales de la historia. Quizá hubiera un poco, muy poco, de eso, pero lo cierto es que ella buscaba desesperadamente alternativas para la supervivencia de la raza humana.

Al pensar en ello, Pitt dio un furioso puñetazo a su escritorio. «¡Vaya que fui un estúpido cobarde!» se reprendió, mientras el equipo en la sala de control simulaba no haber visto esa inusual muestra temperamental de su, hasta entonces, inalterable jefe.

Capítulo 12

—Deshabilitamos todos tus aparatos, indujimos un estado de sueño profundo en ti, pero no sufriste daño.

Carin se sentía muy aturdida, aún no estaba muy segura de no estar soñando, pero, sobre todo, estaba muy asustada, tenía más miedo del que nunca hubiera imaginado.

—¿Por qué? —acertó a preguntar con voz temblorosa.

El rostro de la figura no mostraba emoción alguna al hablar o al mirarla, pero cuando Carin hizo esa pregunta tuvo la sensación de que no la había comprendido.

—Estabas muy cerca del domo —respondió con su acento difícil—. Tus aparatos iban a transmitir imágenes de él a tu planeta; no podemos permitirlo.

—¿Qué es el domo? —Carin se sentía cada vez más confundida.

Una fuerte pesadez empezó a apoderarse de su cabeza, y sintió que iba a desmayarse, pero se forzó a mantenerse concentrada.

—Esto es el domo, es donde vivimos. Es parecido a lo que ustedes llaman «ciudades».

La puerta del recinto se abrió nuevamente y apareció otra figura, prácticamente igual a la primera. Carin volvió a sentir que perdería el conocimiento.

Al llegar junto al primer ser dijo algo en un lenguaje que Carin no entendió y que no se parecía a ningún idioma de la tierra.

La primera figura se dirigió a ella:

—Los mandos solicitan tu presencia. —Y le hizo un ademán para que le siguiera a la puerta.

La joven se volvió de una figura a la otra tratando de entender la situación,

pero permanecieron impasibles. No podía negar que hasta entonces se habían comportado de una forma que podría llamar civilizada, pero aún estaba muy asustada.

El segundo visitante se puso delante de ella y el primero detrás, para guiarla por un largo pasillo blanco y aséptico rumbo a una enorme habitación, que bien podría parecerse a una sala de juntas de cualquier corporativo terrestre o, incluso, a un quirófano, antes de la catástrofe que transformó para siempre la forma de vivir de la humanidad.

Unos veinte seres idénticos a los que la guiaban se hallaban sentados en altas sillas alrededor del salón, y se volvieron a mirarla tan pronto entró.

«Este es mi fin» pensó, mientras su estómago se contraía por el terror.

En su mente se agolpaban decenas de pensamientos encontrados, recuerdos, ideas, anhelos. ¿Deseaba confirmar que había vida más allá de la tierra? Bien, aquí estaba la prueba, frente a ella. ¿Serían amistosos? ¿La matarían? ¿La someterían a la esclavitud? ¿Harían experimentos con ella?

Una de las figuras le hizo una señal para que se parara en el centro del círculo que formaban, y cuando Carin lo hizo le habló con el mismo acento pesado del primer ser:

—Sabemos a qué has venido.

Carin respiraba con dificultad.

—Tú y tus aparatos no son bienvenidos —continuó el ser.

Su tono no parecía hostil, aunque igual podría ser una amenaza de muerte, pues ni su rostro ni su voz expresaban nada.

Carin trataba de encontrar palabras adecuadas para decir, pero no se le ocurría nada. Hasta el momento la habían tratado con lo que podría llamarse cortesía, pero no sabía nada de esos seres. En su cabeza bullían decenas de preguntas que temía no poder formular y cuya respuesta temía más, si cabía.

—Si me lo permiten, regresaré pacíficamente a mi planeta. —Pudo decir al fin. Su voz nunca le había parecido tan aguda y poco convincente.

—No podemos permitirte lo —replicó otra de las figuras, en el mismo tono monótono de la primera.

—¿Por qué? —preguntó la terrestre, tratando de no parecer impertinente.

El ser que había hablado primero le respondió, en esa forma lenta y marcada:

—Ustedes los... humanos son demasiado curiosos. Si vuelves a tu planeta, revelarás todo lo que has visto aquí. No podemos permitirlo, ustedes son

demasiado peligrosos.

A pesar de su tono aparentemente neutral, Carin no quería contradecirlo, al menos, no en ese momento. Miró de un lado a otro a los seres que tenía frente a sí para decir:

—Por favor, les suplico, déjenme volver a mi planeta. Les aseguro que no revelaré nada de lo que he visto aquí.

—No podemos confiar en ti —aseveró la segunda criatura que había hablado—. La naturaleza humana es demasiado... —Hizo una pausa, buscando la palabra adecuada—: impredecible.

—Entonces, ¿qué harán conmigo? —inquirió la chica, aterrorizada y confundida.

No podía creer lo que estaba pasando, debía ser un sueño, una pesadilla provocada por las largas horas de ansiedad.

—Te quedarás aquí.

—¿Aquí? —chilló Carin.

—Te quedarás aquí el resto de tu vida —afirmó el primero con toda calma.

—Pero ¿cómo? ¡No! Tengo que volver a la Tierra, tengo que...

Todas las figuras se pusieron de pie, indicando que la entrevista había llegado a su fin.

Carin estaba a punto de caer en la desesperación; cierto que, al menos, no la matarían, pero había sido sentenciada a vivir en ese lugar por el resto de su vida. Estaba sola, desconcertada y más asustada que nunca en su vida, y no podía hacer nada.

El ser que parecía ser el líder hizo una ligera señal con la cabeza a la primera figura que Carin había visto en ese lugar, y esta se dirigió a ella, indicándole que saliera.

—Te llevaré al aposento que ocuparás de ahora en adelante.

Carin gimió sin poder evitarlo; sus ojos se llenaron de lágrimas y se llevó una mano a la boca para reprimir sus sollozos.

Siguió a la alta figura como una autómatas hasta una puerta blanca, en medio de un pasillo blanco, para introducirse en una habitación enorme e igualmente blanca, donde solo había lo que parecía ser una cama o diván, una silla y una mesa, todo de color blanco.

—Espero que estés cómoda. Dentro de unos instantes se te servirá la comida. Quizá la encuentres muy diferente a la comida de tu planeta, pero es aséptica y nos... ¿cómo dicen ustedes? Nutre.

La figura hizo ademán de retirarse, pero Carin, haciendo acopio de valor, la detuvo:

—Espera, ¿cuál es tu nombre? ¿Cómo es que ustedes hablan mi idioma?

El ser se tomó unos instantes para responder:

—Me llaman Ukl. Desde hace tiempo estudiamos a los humanos. No todos aquí hablan tu idioma, pero la mayoría lo entiende. Son ustedes una raza muy interesante.

—¿Nos estudian desde hace tiempo? ¿Cómo, cómo lo hacen?

—Hemos enviado a algunos de nosotros a la tierra desde hace mucho tiempo.

—¿Han vivido entre nosotros? —preguntó Carin, consternada.

—Sí. Pocos de nosotros. Ustedes son un objeto de estudio muy interesante, pero en realidad su forma de vida nos parece incomprensible. Son autodestructivos.

La joven terrestre quería hacer más cuestionamientos, pero ni siquiera sabía por dónde empezar.

Ukl emprendió el camino a la salida.

—¿Qué haré aquí? —alzó la voz y Ukl se volvió.

—Tendrás una ocupación. Todos aquí tenemos que hacer algo útil. En tu mundo eres lo que llaman científica, tal vez algunos de tus conocimientos sean de utilidad aquí, o de interés. —Y se dirigió nuevamente a la puerta.

—¿Qué hicieron con mi nave?

—Después de la comida vendré para responder a tus preguntas. En este momento debes descansar.

Capítulo 13

No puedo creerlo. ¿Es todo esto un sueño? Pellizco mi cara y jalo mi cabello, y siento un ligero dolor ante cada acto, pero no puedo convencerme de que esto no es un sueño o, más bien, una pesadilla.

Mi bitácora está intacta; tal vez por ser un aparato analógico sobrevivió a lo que sea que estos seres extraños le hicieron al resto de mis dispositivos. ¿Y de qué me sirve hacer un récord de lo que pienso, lo que veo, lo que siento, si nadie va a escucharlo? Cierto que no pensaba compartirlo, es más bien un archivo personal, pero ahora pienso que sería hermoso poder mostrarlo a alguien, cuando todo parece indicar que ya no hay posibilidad de que pueda hacerlo.

Estoy asustada, creo que nunca en mi vida había tenido tanto miedo. ¿Qué pasará conmigo? ¿Qué he hecho? ¿Qué supuse que ocurriría si encontraba aquí a una civilización inteligente? Bien podrían ser hostiles, y yo no habría tenido ninguna oportunidad ante ellos.

Aparentemente no lo son, pero no puedo asegurar nada todavía, pues no sé nada de estos seres.

Estoy temblando, de miedo y de frío. En este momento me siento más cobarde que nunca, y decepcionada de mí misma: siempre pensé que era muy valiente, y emprender esta aventura era en cierto modo probarme a mí misma que estaba en lo cierto. Ahora no estoy tan segura.

Pitt, ¿qué estarás haciendo en este momento? Seguramente estás triste, porque supones que morí (siempre piensas primero en lo peor, eres un pesimista sin remedio), y furioso por haber permitido que me saliera con la mía. Si te sirve de consuelo no podías evitarlo, mi deseo de venir aquí y descubrir lo que hay en este mundo era más fuerte que tú y que yo.

Quisiera decirte que ganaste, que tenías toda la razón, que no debí venir... Estoy llorando, torrentes de lágrimas inundan mi rostro. Creo que nunca había llorado como ahora. No, sí lo había hecho, cuando murió mi padre sentí que me iba a diluir en mis propias lágrimas. Pero esto es diferente: entonces lo perdí a él, hoy lo he perdido todo.

Carin exploró la habitación. Era enorme, toda de color blanco. Había un enorme ventanal, que hasta ese momento no había notado, y se dirigió a él. Desde ahí podía ver una serie de edificios blancos con grandes ventanales; todo ahí era blanco, incluso lo que parecía una plaza y los pasillos al aire libre que unían los diferentes edificios. Todo estaba bajo un enorme domo, y fuera de este podía verse el paisaje desértico amarillento que la había recibido al llegar a Gab.

En la orilla del domo distinguió el edificio cuyas imágenes había enviado el Kalliber, y que la habían llevado hasta ahí. Se quedó contemplándolo durante muchos segundos. Había logrado su objetivo: al verla por vez primera estaba segura de que era una estructura creada por seres inteligentes, y ahora tenía la certeza.

Pero ¿de qué le servía si no podía compartir todo eso con Pitt, con el equipo y con el resto de la humanidad? ¡Jamás la dejarían volver a la Tierra! ¡Moriría en ese lugar! No volvería a ver a su madre, ni a Pitt, ni a sus amigos. No volvería a pisar su planeta, devastado y moribundo, pero suyo... suyo.

Un ligero zumbido detrás de ella la hizo volverse hacia el centro de la habitación donde, muy cerca de la cama, se abrió una pequeña escotilla en el piso y de ella emergió un cilindro, también blanco, con algo encima que de momento no pudo identificar.

Se acercó para ver de qué se trataba: al parecer era su comida, una especie de puré rojo que tenía la apariencia de cerezas machacadas. Tenía un aspecto agradable y Carin lo probó con un dedo. El sabor no se parecía a nada que hubiera probado en la tierra, ya que por momentos tenía matices que podrían considerarse salados, dulces y ácidos, todo a la vez, pero en intensidades extrañas.

Lo comió todo de una vez, haciendo a un lado el fugaz pensamiento de que

esa comida pudiera ser venenosa para ella. Seguramente esos seres eran muy diferentes a los humanos en su anatomía y fisiología, aunque estructuralmente eran muy similares: tenían dos pies, dos manos, cabeza, ojos y boca.

Terminó de comer y pensó «¿qué haré ahora?», pero en ese momento se abrió la puerta y apareció Ukl.

—Estoy aquí para responder a tus preguntas. Después, los mandos quieren verte y cuestionarte, pero es probable que te den un tiempo para descansar y adaptarte.

«¿Adaptarme? Jamás podré adaptarme» pensó la forastera.

—Aunque ahora te parezca difícil, pronto encontrarás que nuestra forma de vida no es muy diferente a la de ustedes, aunque nosotros enfocamos nuestra energía de forma muy diversa a como lo hacen los humanos. Ahora, pregunta.

Carin se preguntó si podrían leer su pensamiento.

—¿Qué hicieron con mi nave?

—Tu nave está resguardada en un lugar seguro, completamente intacta.

—¿Aún funciona?

—Funcionará, si nosotros lo queremos así.

—¿Qué pasó con las sondas que enviamos antes? ¿También ustedes las deshabilitaron?

Ukl dudó por unos segundos, pues pareció no entender las preguntas.

—Las desactivamos, pero, al igual que tu nave, están intactas.

—¿Por qué hicieron eso? —Carin sonaba apremiante.

—Te lo dije antes: no queremos que ustedes sepan de nuestra existencia, y mucho menos que vengan aquí. Ustedes son una especie muy peligrosa.

—¿Nosotros somos peligrosos para ustedes? —inquirió una incrédula Carin.

Ukl permanecía impassible. La chica se preguntó si tendría emociones.

—Ustedes son peligrosos incluso para ustedes mismos. Su naturaleza es muy compleja, y tienden a la autodestrucción.

La mujer terrestre guardó silencio, no podía contradecir a su interlocutor. Cambió la tónica de sus preguntas:

—¿Hace cuánto tiempo habitan ustedes este planeta?

Ukl procesó la pregunta.

—En términos de tu planeta, hace millones de años. Nuestro ciclo de vida es diferente al de ustedes.

Por un momento Carin no supo qué decir. Eso abría la puerta a miles de posibilidades. De pronto sintió que le faltaba el aire.

—Me parece que no te encuentras muy bien. Continuaremos con esto después, cuando te hayas recuperado.

Capítulo 14

Trato de dormir, pero no puedo. Cientos de ideas y de preguntas se agolpan en mi cabeza. Estos seres nos han observado desde hace mucho tiempo, y para nosotros la exploración espacial sigue siendo un asunto relativamente rudimentario.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que llegué aquí? No tengo idea, estos seres también se llevaron mi reloj. Siento que han sido días, me parece que en este lugar el tiempo es más denso, más largo.

Quisiera tener algo para leer, pero supongo que ni siquiera eso me distraería en estos momentos, no en este lugar, no bajo estas circunstancias.

A Pitt le encanta leer, es un lector voraz. Lo admiro por eso: es capaz de concentrarse durante horas en un libro y aislarse del mundo que lo rodea. Amo esa cualidad en él, su capacidad de permanecer inalterable... bueno, casi, porque supongo que gozo del dudoso privilegio de ser la única persona que lo saca de sus casillas. Incluso ahora debe estar fuera de sí por no saber de mí. Puedo imaginarlo diciendo: «Estúpida Carin testaruda, te lo dije, no debías ir a Gab». Pero sé que no sería un regaño sino un lamento.

¡Qué tonta fui! ¿Cómo pensé que podría salir ilesa de esta aventura?

Sigo pensando en lo que dijo Ukl: estos seres llevan millones de años en este planeta, con un estilo de vida monótono y autosustentable, mientras que a nosotros nos llevó solo unos cuantos milenios acabar con el planeta. Mi mente apenas alcanza a procesar semejante información.

Siempre he pensado que el cerebro humano es una de las grandes maravillas del universo, pero me frustra y me pone furiosa pensar en lo que hemos hecho con ella: en nuestra soberbia, en nuestra presunta supremacía intelectual, hemos sido los artífices de nuestra propia destrucción.

¿De verdad somos tan inteligentes como creemos?

—Aquí se genera nuestra comida —explicaba Ukl a la joven mientras le mostraba lo que parecía ser un inmenso invernadero.

Se trataba de un enorme recinto techado, todo de color blanco, donde largas filas con algo parecido a plantas de color rojo se sucedían unas a otras. Decenas de seres como Ukl revisaban, con gran tranquilidad y en silencio, que todo se encontrara en orden.

—¿Esto es lo único que comen? —inquirió la forastera.

—Sí. No necesitamos nada más.

—¿No se aburren de comer siempre lo mismo?

—¿Aburren? —Ukl dudó—. Conozco el concepto, pero no lo comprendemos. Ustedes siempre están cambiando, buscando formas nuevas de hacer cosas diferentes. En su ropa usan muchos colores distintos y pasan el tiempo de formas que nosotros no entendemos.

Carin no supo qué decir.

—Ustedes... esto, quiero decir, ¿es una ciudad, es una colonia? ¿Hay más de ustedes en otras partes del planeta o solo habitan aquí? ¿Existen otras formas de vida en el planeta?

—Sé que tienes muchas preguntas, pero, con el tiempo, tendrás todas las respuestas.

Después del recorrido por el invernadero, Ukl le dijo a Carin que era hora de su entrevista con los mandos. ¿Qué querían? Carin estaba atemorizada; Ukl le inspiraba confianza, pero no estaba muy segura de que los mandos, como llamaba a quienes parecían ser los líderes, no fueran hostiles.

Su encuentro con ellos consistió en un largo y tedioso interrogatorio sobre los motivos que la habían llevado al planeta y después le hicieron muchísimas preguntas sobre la forma de vida de los humanos en la Tierra, mismas que Carin trató de satisfacer con respuestas apegadas a la verdad pero que no afectaran la imagen de su raza ante esos extraños seres.

—¿Crees que vendrán a buscarte? —le preguntó el líder.

Pensó en Pitt. ¿Qué haría? ¿Enviaría a alguien por ella? No lo creía, por mucho que Jan quisiera recuperarla con vida, no se arriesgaría a perder a

alguien más, y, para empezar, la Comisión de Estudio Espacial jamás lo aprobaría.

—Estoy segura de que no lo harán.

La reunión terminó entonces.

Carin se fue a su habitación. No sabía cuánto había pasado en esa especie de ciudad extraterrestre, pues la desorientaba sobre todo la duración tan larga de la noche. Ella apenas lograba dormir unas horas, y luego se pasaba en intervalos de vigilia y sueño hasta que el sol gabiano volvía a iluminar la ciudad.

Había descubierto que los habitantes del domo pasaban la noche en una especie de cápsulas, cada cual en aposentos individuales. Para pasar el tiempo, le preguntó a Ukl si podría proporcionarle algo para escribir, y el ser le llevó una especie de tableta electrónica donde ella podía escribir o dibujar lo que quisiera con su dedo.

Pensó que era muy semejante a la tecnología que tenían en la Tierra, y se adaptó rápidamente; empezó a redactar un diario, que escribía en sus muy largos ratos de soledad.

Los mandos habían decidido emplearla en un área que, aunque no entendió el término nativo, dedujo que era de reciclaje, pues artefactos y piezas al parecer desechados eran revisados y desarmados, y sus partes eran empleadas en otros artefactos reconstruidos.

Carin estaba fascinada con la tecnología. Ukl le explicó que usaban la luz de su sol para generar energía, además de fisión y rotación de átomos, todo ello sin causar daño alguno al planeta.

El proceso estaba controlado por un sistema totalmente automatizado, pero un cierto número de seres se encargaba de supervisarlos. A esa tarea fue confinada Carin, pero se le permitió dedicar su tiempo libre a informarse por Ukl de todo lo relativo a esa civilización.

—¿Cómo se reproducen ustedes? —Carin llevaba bastante tiempo tratando de hacerle esa pregunta a Ukl.

A pesar de la extraña apariencia de esos seres, Carin ya se había acostumbrado a su aspecto, y hasta tuvo que admitir que le había tomado cierta simpatía a Ukl, por su actitud serena y paciente. Aunque todos en ese lugar parecían tener el mismo temperamento. Sin embargo, los demás habitantes se limitaban a mirarla y luego continuaban con lo que fuera que estuvieran haciendo.

Carin sabía que jamás lograría sentirse bienvenida en ese lugar.

—Por algo muy semejante a lo que ustedes llaman división celular. Nuestras células son diferentes a las de ustedes en su composición, pero también se dividen, creando nuevos seres.

—Entonces, ¿quién educa a los nuevos seres? ¿Son como nuestros niños, tienen padres, alguien que los guíe?

Ukl inclinó la cabeza en señal de no comprender la pregunta.

—La forma en que ustedes se reproducen es muy diferente a la nuestra. No hemos podido llegar a desentrañar el misterio de ser padre o madre. Hay un vínculo entre las madres y sus hijos que no entendemos.

Carin pensó que en verdad habían estudiado a la raza humana con mucho detenimiento. Pero les faltaba lo esencial. De pronto se le ocurrió una pregunta:

—¿Ustedes pueden amar?

Ukl permaneció inalterable durante un largo instante.

—A-mar— desarmó el vocablo como si estuviera analizándolo—. Sabemos que ustedes aman, pero no entendemos el término.

Carin suspiró, frustrada.

—¿Hay algún ser aquí, que sea muy especial para ti, que tenga un valor mucho mayor para ti, que el resto? ¿Alguien que, si te faltara, te sintieras triste?

Ukl continuó impasible.

—Todos tenemos un valor y somos importantes para el funcionamiento de nuestra civilización.

—¿Y si alguien muere?

—Se le reintegra al... ambiente. —El tono de Ukl era por demás neutral.

Carin no supo qué decir. Pensó que, tal vez, ambas especies tenían mucho que aprender una de la otra.

—Pero ¿no lo extrañan? ¿No les hace falta su presencia? Quiero decir, —Carin no sabía cómo explicarse— tú, por ejemplo, si murieras, ¿alguno de tus semejantes sufriría por tu ausencia?

—Morir es parte del ciclo vital, no veo por qué alguno de mis semejantes tendría que sufrir por ello.

—¿A dónde creen que van cuando mueren?

—Retornamos al entorno —respondió Ukl, como si aquello fuera obvio.

Capítulo 15

¿Puede haber algo más triste que alguien que no conozca el amor? Estos seres pueden ser de lo más civilizados, inteligentes, respetuosos del entorno, pero no saben lo que es el amor. Ni siquiera comprenden el término, por contradictorio que eso sea.

Me han dicho en diferentes ocasiones que nosotros somos peligrosos y autodestructivos, y estoy totalmente de acuerdo con ellos; pero me pregunto si vale la pena vivir mucho más tiempo del modo en que lo hacen ellos, sin sentir, sin amar, sin desgarrarse por dentro deseando que esa persona que nos quema y nos quita el sueño sienta exactamente lo mismo por nosotros. Sin emocionarse, sin reír, sin llorar...

Supongo que, aunque nuestra vida es mucho más corta que la de ellos, la intensidad con que vivimos, con que sentimos, compensa por mucho la brevedad de nuestra existencia.

Ojalá lo hubiera sabido antes. Me habría dejado llevar por mis sentimientos por Pitt, no habría tenido tanto miedo a entregarme, a mostrarle que puedo ser sensible, cariñosa, vulnerable. Le habría mostrado que lo necesito.

—Esta mañana entregué a la Comisión de Exploración Espacial el informe sobre la pérdida total de contacto con Carin Marx-Donovan en Gab XT. Lo analizarán y en unos días nos comunicarán si deciden continuar con el programa o lo cierran definitivamente. —Jan Pitt se dirigió así al equipo de la

misión Explorer Gab en un tono solemne que no dejaba ver lo consternado que se hallaba.

Al terminar su pequeño discurso se dirigió a su oficina. Bertha Flynn fue tras él, y cuando Jan se sentó tras su escritorio se lo que mirando desde el vano de la puerta.

—¿Qué ocurre, Bertha?

—¿Nos daremos por vencidos?

Pitt la miró.

—No nos daremos, estamos vencidos. No hay nada que podamos hacer.

—Cancelarán la misión —afirmó la experimentada astronauta.

—Estoy prácticamente seguro de ello —respondió él sin mirarla, mientras revisaba algo en su ordenador.

—Jan, lo lamento mucho.

Ahora sí él la miró.

—Yo también lo lamento muchísimo, Bertha.

—Carin es una persona excepcional. —No había por qué fingir, ella, al igual que todos los demás, sabía que Pitt estaba loco por esa chica.

Pitt asintió, pero no dijo nada. No podía hablar de ella, no quería. La última vez que la había mencionado por su nombre fue cuando tuvo que decirle a Marissa, la madre de Carin, que se había perdido todo contacto con ella, y que no podían hacer nada para comunicarse con ella o para tratar de rescatarla.

La señora había llorado consternada, pero no había hecho una escena ni había gritado fuera de sí, como Pitt esperaba; se limitó a llorar y cubrirse el rostro con las manos.

—Siempre quiso viajar a las estrellas —logró decir entre sollozos.

Alguien había sugerido que se hiciera un servicio fúnebre para honrar la memoria de la intrépida exploradora, pero la señora se negó terminantemente:

—No, mi hija vive en las estrellas —afirmó.

A solas, Pitt había llorado de impotencia y dolor. En ese mundo desolado y sin esperanza, Carin era una bocanada de oxígeno. ¿Cómo viviría sin ella?

A pesar de las pequeñas labores que se me asignan tengo mucho tiempo libre. Preferiría mantenerme ocupada, pero el día es muy largo en Gab, las

horas pasan lentamente, y no tengo gran cosa que hacer, además de escribir y grabar mi bitácora.

La compañía de Ukl me ha servido para no volverme loca; en cierto modo me recuerda a Pitt, tan sereno, pero todos estos seres son así.

Ukl me dijo que nosotros y ellos somos muy semejantes en cuanto a la composición química, estructura y funcionamiento de nuestro cuerpo, y es probable que tenga razón, pero he llegado a la conclusión de que, en esencia, somos muy diferentes. Estos seres son todos iguales, no se alteran, no gritan, no lloran, no se emocionan. Son precisos, fríos como máquinas, totalmente predecibles y monótonos. No entiendo cómo han logrado vivir millones de años así. Quiero decir, sé que eso es lo que ha asegurado su supervivencia de una manera que podríamos llamar sustentable, pero me parece terrible que no puedan experimentar emociones, dolor, pena, algarabía, euforia, amor.

Ukl me recuerda a Pitt, pero sé que él no es igual a estos seres: yo sé que debajo de esa fachada de reflexiva serenidad se encuentra un hombre sensible y apasionado capaz de volver loca a una mujer. Añoro su contacto, creo que nunca me arrepentiré lo suficiente de no haber sido más valiente y entregarme a él sin reservas. ¿De qué sirve protegerse del amor? De cualquier manera, te hará sufrir.

A pesar de todo no me resigno a pasar el resto de mi vida en este lugar, no quiero hacerme ilusiones, pero no pierdo la esperanza de convencerlos de que me dejen ir. He aprendido muchas cosas de estos seres, y estar aquí ha sido una experiencia que vale por toda una vida, pero cambiaría ambas cosas sin pensarlo por poder volver a la Tierra, ver a mi madre y a mis amigos y abrazar y besar a Pitt.

No había querido admitirlo, pero estoy deprimida, esa es la realidad. No tengo apetito, y casi no tengo ánimos de continuar con las labores insignificantes que realizo aquí, y que puede llevar a cabo cualquier máquina. La monotonía me está matando. Lo cierto es que aquí no tengo un motivo para vivir, excepto tratar de regresar a mi hogar. Si tan solo estos seres tuvieran compasión...

Capítulo 16

—Lo lamento mucho, Pitt. —Morris parecía realmente consternado al informar a Jan sobre la decisión de la Comisión de Exploración Espacial de ponerle fin a la misión Explorer Gab.

Pitt asintió y suspiró. Esperaba esa noticia desde hacía días, y hasta pensó que la comisión se había tomado su tiempo para decretar la cancelación.

Había perdido toda esperanza de contactar a Carin, y ante el fracaso de la misión había decidido, días atrás, dejar la agencia espacial.

Sabía que la Comisión de Exploración Espacial en el Senado había aceptado la misión a Gab para averiguar si era una alternativa viable para la vida de los seres humanos, dado que la Tierra estaba colapsada desde hacía mucho tiempo; los mares contaminados, grandes superficies inundadas por el derretimiento de los polos siglos atrás, y otras tantas desaparecidas por devastadores terremotos; los escasos terrenos disponibles ya no tenían nutrientes para producir alimentos, que eran cada vez más escasos.

Él, Morris, Carin y tantos otros sabían que la vida en la Tierra se extinguía, y ella había tenido la valentía de buscar opciones en otro mundo. Se había sacrificado por lo que quedaba de la humanidad.

Pitt agradeció a Morris y se retiró. Ya había hablado con el director de la agencia, Frank Svetik, sobre su renuncia, solo era cuestión de días. Se desharía de su pequeño departamento y se retiraría a vivir en soledad en un páramo que alguna vez su abuelo había intentado convertir en una granja, a las afueras de la ciudad, y que ahora, al igual que entonces, no producía nada.

—Tu escaneo muestra un acelerado deterioro de tu cuerpo. Has perdido masa corporal, el exceso de oxígeno está afectando tus células y las alteraciones en tu ciclo de sueño están afectando seriamente tu nivel de energía y tu actividad cerebral —le dijo Ukl luego de pasar una vara metálica a lo largo del cuerpo de Carin, que proyectó una imagen holográfica de sus órganos y su sistema óseo.

Ella se limitó a mirarlo penetrantemente a los ojos, sin mostrar emoción alguna. Sabía perfectamente cuáles eran las causas de ese deterioro: sus células se estaban oxidando rápidamente debido a las altas concentraciones de oxígeno de Gab XT, mientras que en la tierra los niveles de ese gas eran muy bajos. Pero la principal razón de su estado era que se hallaba deprimida, quería irse a casa.

—Quieres volver a tu hogar —afirmó Ukl.

Carin le había preguntado en dos o tres ocasiones si ellos podían leer los pensamientos de otros seres, y Ukl siempre le había respondido que solamente utilizaban la deducción lógica. En este momento no sabía si había empleado esa habilidad o algo que creía no poseía: la intuición.

—Quiero volver a mi hogar —admitió la joven con gran emoción.

—Pero tu planeta está muriendo. ¿Por qué quieres volver allá?

—¡Porque allá está mi madre, mis amigos, mi trabajo! —Carin miró a Ukl como si hubiera perdido la cabeza—. Está Pitt —agregó en voz baja.

—¿Qué es Pitt?

—No qué, sino quién —corrigió Carin, para luego agregar con una sinceridad que no había empleado nunca—: Es el hombre al que amo.

—¿Cómo sabes que amas a alguien?

La mujer sonrió ante la pregunta de Ukl. Habían sostenido varias conversaciones respecto a ese tema, y tanto Ukl como sus semejantes estaban completamente imposibilitados para comprender el concepto. Entre ellos había una especie de armonía, la joven terrestre había llegado a la conclusión de que su éxito como civilización estaba basado en la colaboración y en una especie de respeto a cada uno que parecía provenir, irónicamente, de su carencia de emociones.

—Bueno, hay muchos tipos de amor. Está el amor de las madres por sus hijos, que es el más grande que puede haber...

—¿Tiene tamaño, forma? ¿Se puede medir?

—No, no puede medirse, no científicamente, al menos. Pero no es necesario,

porque puedes sentirlo. Sabes que amas a alguien cuando quieres estar cerca de esa persona, cuando deseas con todo tu ser que esté sano, que le vaya bien, que sea feliz. —Hizo una pausa—. Yo sé que amo a Pitt porque ahora sé que quiero pasar el resto de mi vida con él.

Ukl la miró fijamente durante unos segundos, con esos ojos grandes y negros que, sin embargo, no expresaban nada.

—¿Puede aprenderse el amor?

Carin dudó por unos instantes.

—Yo creo que sí, Ukl, pero más que aprenderlo, hay que sentirlo.

Ahora fue Ukl quien guardó silencio por unos instantes.

—Los mandos no autorizarán que regreses a tu planeta. No pueden permitir que pongas en riesgo nuestra existencia.

—No lo haría. Jamás le revelaría a nadie que ustedes existen. Diría que este es un planeta desierto, estéril, imposibilitado para la vida.

—Pero eso no sería verdad.

—No, pero los protegería a ustedes, y a mí me permitiría regresar.

—Sigo sin comprender tu afán por regresar a la Tierra. Aquí tienes todo lo que necesitas.

—No, no todo, ya te lo expliqué. Ustedes, por ejemplo, no quieren que los humanos descubran su existencia, no quieren que invadamos su planeta y lo destruyamos como destruimos el nuestro. Ustedes *aman* a su planeta.

Ukl parecía confundido.

—Haríamos lo mismo con cualquier otro planeta que tuviera las condiciones para albergarnos.

—¿Estás diciéndome que les da lo mismo este planeta que cualquier otro? —preguntó la chica, entre molesta y decepcionada.

—Creo que no entiendo del todo tu pregunta.

—Olvídalo. Creo que necesito descansar. —Se recostó en el diván de su habitación y se acomodó como un ovillo, abrazándose a sí misma.

Pensó que hacía mucho tiempo que nadie la abrazaba. Recordó a Pitt. ¿Qué estaría haciendo en ese momento?

Capítulo 17

De no haber visto otros sitios más agrestes que ese, Jonas Becker habría pensado que ese era el lugar más desolado de la Tierra.

Pequeñas plantas silvestres, de color verde oscuro, más bien marchitas y reseca, se veían esparcidas aquí y allá entre la tierra seca. Una pequeña y desvencijada casa de madera rodeada por una raquítica cerca baja era lo único que evitaba que el panorama fuera totalmente desértico. Hacía mucho calor y la atmósfera estaba densa de una humedad que solo incrementaba la sensación de calor.

Becker tocó despacio la puerta de la casucha. Por un instante pensó que nadie le abriría, pero unos segundos después escuchó el rechinado de los goznes y tras la puerta apareció Jan Pitt.

—Jonas, ¿qué haces aquí? —le preguntó sin emoción alguna.

Aquel no esperó la invitación para entrar, y al pasar junto a Pitt le respondió:

—Vine a cerciorarme de que aún estás vivo.

Pitt rio genuinamente. Disfrutaba la soledad, pero también le agradaba mucho la compañía de sus colegas y amigos. Le dio gusto que Becker hubiera ido a visitarlo.

—Te ofrecería una cerveza, pero es muy difícil conseguirla aquí.

—Es muy difícil conseguirla en cualquier parte —aseveró Becker.

Ambos se sentaron.

—¿Cómo estás? —preguntó Jonas, a pesar de que la respuesta era obvia.

—Estoy —contestó Pitt de manera enfática.

Ambos sonrieron tristemente.

—Se te extraña mucho en la agencia.

Jan hizo un gesto de desgana.

—Cualquiera podría hacer mi trabajo.

—No como tú —replicó el visitante.

—¿Qué tendría yo que aportar, Jonas? Ni siquiera sé cómo me atreví a participar en esa misión, siempre he sido demasiado precavido. —Iba a decir «demasiado cobarde», pero no quería rebajarse a tanto frente a alguien que hasta hace unos días había estado a su mando, por muy amigo suyo que fuera.

Pero no fue necesario, Becker sabía que eso era a lo que se refería, pero estaba convencido de que no lo decía tanto por la misión como por Carin.

—No deberías reprocharte eso, en medio de todo este caos es admirable que alguien tenga tu capacidad para analizar las cosas con calma y prevenir los riesgos. Tú sabes que todos admiramos tu carácter.

Pitt esbozó una sonrisa sarcástica.

—Mi carácter. Si mi carácter fuera diferente, seguramente habría puesto a Carin en su lugar y habría impedido que emprendiera esta descabellada aventura.

—Con todo respeto, Jan, tú sabes que nadie, por muy temperamental que fuera, habría detenido a Carin.

Pitt asintió, casi riendo.

—Es un maldito huracán, potente e impredecible.

A Jonas le alegró que hablara de ella en presente.

—Deberías regresar, Jan. Te necesitamos. Carin podría necesitarte.

—Carin está muerta —dijo con cansancio—. Y no hay nada que yo o cualquier otra persona pueda hacer al respecto.

—Jan...

—La única forma de que yo regrese, es que ella también lo haga. —Suspiró y se puso de pie—. Ha sido bueno verte, Becker. Gracias por venir a visitarme.

Jonas se levantó también y se dirigió a la puerta.

—Por favor, mantente en comunicación —le dijo, ya en la salida.

—Sí, lo haré —respondió Pitt, aunque el otro estaba seguro de que mentía.

Ver a su amigo y exjefe en ese estado era algo que difícilmente podía tolerar. Jonas no era tan audaz como Carin pero, íntimamente, la entendía y aplaudía sus arranques. Él no se daría por vencido, continuaría buscando alguna señal de su compañera.

Capítulo 18

—La humana quiere volver a la Tierra. —Ukl fue directo al punto.

Los mandos lo miraron con sus faces inexpresivas.

—Sabe que no podemos permitirlo. Si los humanos se enteran de nuestra existencia tendríamos muchas complicaciones.

—Ella asegura que no revelará a los demás humanos nuestra existencia.

Otro de los mandos intervino.

—No podemos confiar en ella. A lo largo del tiempo los humanos han demostrado que no son confiables. Ellos mienten. Si la dejamos volver seguramente les hablará de nosotros y de este planeta, y querrán venir aquí. Eso desataría una lucha por el planeta, los conocemos. No podemos permitirlo.

Parecía que Ukl ya no diría nada, pues guardó silencio durante un instante, pero volvió a la carga.

—Extraña mucho su hogar.

No sabía por qué, pero tenía la necesidad de abogar por ella; no entendía la devoción de la muchacha por su planeta agonizante, o por su madre, o por Pitt, pero algo en su ser se removió. *Casi deseaba* saber lo que era sentir.

—Tendrá que adaptarse. Aquí tiene todo lo que necesita —respondió otro de los mandos.

—Se está deteriorando muy rápidamente. —Ukl no estaba dispuesto a ceder.

Los mandos deliberaron por unos instantes.

—Analizaremos su situación. Por el momento, reduce el oxígeno en su estancia y proporciónale más alimento.

Ukl asintió y se dirigió a la habitación de Carin para obedecer la última indicación de los mandos. Sin embargo, decidió que no le diría nada a Carin

sobre su gestión.

Capítulo 19

Desde mi llegada a este sitio he recorrido el interior del domo varias veces, y aunque me parecen fascinantes las estructuras y la organización, todo es tan frío y monótono que, de alguna manera, deja de sorprender.

Lo hago sobre todo para tratar de distraerme, para matar el tiempo, pero es inútil, el tiempo transcurre aquí muy, muy lentamente. El hastío me está matando, pero, sobre todo, extraño a Pitt, extraño la agencia, añoro mi vida.

He llorado mucho; no solía ser de lágrima fácil, pero al pensar en todo lo que dejé atrás, me invade el llanto. Me odio por eso, yo no soy así.

Estoy tratando de ser fuerte pero, aunque por momentos mi ánimo decaído cede un poco, las condiciones de este planeta están mermando mi cuerpo: me siento débil y cansada. Es irónico que mi cuerpo se haya adaptado a la contaminación, al calor extremo y a unas condiciones atmosféricas deplorables de la Tierra, y, en cambio, se esté deteriorando rápidamente en un lugar lleno de oxígeno, luz de sol y aire limpio.

No sé cuánto tiempo he estado aquí, he hecho cálculos aproximados con la tableta que me dio Ukl, y estimo que han pasado meses (en términos terrestres) desde que llegué.

Tampoco sé cómo no he perdido la razón.

—Los mandos quieren verte. —La voz de Ukl sacó a Carin de su concentración mientras observaba el progreso de unas plantas en el invernadero.

Había aprendido que no tenía por qué temer a esos seres, ya le habían demostrado que eran pacíficos, pero por alguna razón inexplicable sintió temor ante el anuncio de Ukl.

«Tal vez hice algo que los ha molestado» pensó, y esa idea la inquietó un poco. Repasó mentalmente sus actos de los últimos días y no recordó nada que pudiera ser censurado por los mandos.

Se sentía muy cansada, física, mental y emocionalmente, y tal vez por ello desechó rápidamente la preocupación por su encuentro con los mandos.

—Ukl me dijo que quieren verme —les dijo con voz monótona.

Se sorprendió a sí misma, tal vez estaba empezando a parecerse a esas criaturas.

—Sabemos que quieres volver a tu hogar —habló el líder.

«Díganme algo que yo no sepa» pensó Carin, con fastidio. Supuso que querrían enfatizar nuevamente el por qué no podría volver jamás a la Tierra, pero no entendía qué razón podrían tener para ello.

Asintió sin palabras.

—Tú sabes que eso representa un enorme riesgo para nosotros.

—Lo sé. Me lo dijeron la primera vez que hablé con ustedes, y lo entiendo.

—Carin los miró con extrañeza, no entendía a dónde querían llegar.

—Aunque las condiciones para la vida en tu planeta son cada vez más complicadas, aquí estás deteriorándote muy rápidamente.

Carin seguía sin entender. Por un instante le pasó por la mente la idea de que estuvieran considerando dejarla volver a casa.

El ser que siempre hablaba en segundo término continuó la explicación del primero:

—La vida, en cualquiera de sus formas, es muy importante. La más pequeña partícula de vida juega un papel preponderante en el universo. Es por eso que tu planeta está extinguiéndose. Pero nuestra raza aboga por la vida. Tenemos la obligación de protegerla e impulsarla hasta el final. Si te quedas aquí, morirás rápidamente, y será por nuestra causa, y tampoco podemos permitir eso.

Carin escuchaba en silencio, con la respiración agitada y una esperanza, que había luchado por no perder, avivándose, trémula, en su corazón.

—Sabemos que tú o cualquiera de los de tu especie podrían adaptarse a vivir aquí, están diseñados para ello; la concentración de oxígeno o los largos días y sus noches (largos para ustedes), pronto dejarían de ser un problema. Pero la naturaleza de ustedes es muy compleja y hay factores en los que no

interviene la materia, y que para ustedes son fundamentales.

La muchacha entendía muy bien lo que le estaba diciendo. Trató de sonar reverente al preguntar:

—¿Están diciéndome que considerarían la posibilidad de dejarme volver?

El líder se dirigió nuevamente a ella:

—Te dejaremos volver, si tú estableces el compromiso inquebrantable de no revelar jamás, a ninguna persona y bajo ninguna circunstancia, nuestra existencia, y las condiciones de este planeta para la vida. Además, deberás encargarte de que nunca ningún otro humano venga aquí. Somos pacíficos, no así ustedes, su presencia aquí alteraría todo nuestro equilibrio. El que revelaras nuestra existencia nos obligaría a tomar medidas extremas contra ti y cualquier otro ser humano que supiera de nosotros, y no queremos eso porque, como puedes comprobar, va en contra de nuestro proceder primario.

Sintió unos enormes deseos de llorar. No podía creerlo, la dejarían volver a casa. Estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de regresar, y lo que esas criaturas pedían de ella era insignificante comparado con la recompensa.

Con voz firme, que resonó con eco en la estancia, se dirigió a los líderes, mirándolos fijamente:

—Yo, Carin Marx, me comprometo de forma absoluta e inquebrantable, a no revelar jamás a ninguna persona, bajo ninguna circunstancia, la existencia de ustedes, ni la capacidad de este planeta para albergar vida.

Se hizo un silencio sepulcral en la enorme habitación.

—Puedes marcharte —le dijo, por fin, el líder—. Ukl te ayudará a regresar tu nave al lugar donde arribaste, y te devolverá tus artefactos. Desde ese punto podrás enviar una señal a tu planeta para que te ayuden a regresar.

—Gracias. —La joven se despidió con una inclinación de cabeza, en señal de respeto, y se retiró.

No puedo creerlo, casi me cuesta respirar. Una parte de mí conservaba una recóndita, mínima esperanza, de volver algún día a casa, pero otra trataba de convencerme de que permanecería aquí por el resto de mis días.

¡Volveré a casa! Veré nuevamente a mis colegas, a mi madre, a Pitt.

Prácticamente no tengo que hacer equipaje; el traje con el que llegué está

en la habitación que he ocupado desde entonces, listo, y mientras he vestido una túnica muy similar a la que usan estas criaturas, mis anfitriones.

Pocas veces he sentido tanta gratitud como en estos momentos; la reacción, la decisión de estos seres me ha tomado completamente por sorpresa. Tal vez los he juzgado someramente, quizá no son tan insensibles como yo pensaba, es probable que sean capaces de albergar sentimientos, como la compasión, y experimentar empatía. Quizá, simplemente, no están familiarizados con ellos.

Ukl vendrá por mí en unos instantes para llevarme, junto con la cápsula, al lugar al que llegué originalmente. Ya pensé en lo que diré cuando llegue a la Tierra, creo que mi historia es congruente, aunque sé que tiene un hueco insalvable en lo que respecta al tiempo que he estado aquí, que ha sido, estimo (y espero), cerca de cinco meses terrestres.

Cabe la posibilidad de que el tiempo haya transcurrido para mí de forma muy diferente a como lo hizo para los terrestres. Deseo fervientemente que no sea así, se supone que tomamos las previsiones pertinentes para que el viaje por el puente Einstein-Rosen fuera únicamente espacial y no temporal, pero nunca habíamos hecho algo igual, y no sé cómo haya podido afectarme en el aspecto espacio-tiempo.

Supongo que muy pronto lo averiguaré.

Capítulo 20

Una luz verde que parpadeaba en el tablero de comunicaciones llamó la atención de Bertha Flyn. Encendió los monitores y comprobó que se trataba de la señal de un mensaje entrante.

Era muy temprano y ella estaba haciendo solo una inspección de rutina a los diferentes equipos, pero aquello era inusual, ya que en ese momento no había en curso ninguna misión de exploración tripulada, y aunque Quinland le había pedido que, extraoficialmente, mantuviera abiertos los canales de comunicación de la sonda de Carin, definitivamente no esperaba aquello.

Calibró el monitor para obtener una mejor señal y luego de unos segundos la imagen pasó de ser líneas caóticas a una clara y definida escena de una persona colocando en mejor ángulo la cámara en un paisaje desértico con un cielo color carmín de fondo.

—¿Carin? —Flyn dudó de sus sentidos, y tuvo que mirar bien para cerciorarse de que sus ojos no la engañaban.

—¿Hay alguien ahí? —La chica hizo una pausa—. Bertha, ¿eres tú?

Bertha casi dio un grito de emoción; se llevó las manos a la cara, a punto de llorar, desbordaba por la emoción. No podía creerlo. ¡Carin estaba viva!

—Marx, soy Bertha, adelante —le dijo cuando logró controlarse.

Carin esbozó una sonrisa radiante.

—Bertha, no sabes cuán estoy feliz de verte.

El intercomunicador de Pitt sonó insistentemente durante varios minutos.

Se había propuesto no contestar, de hecho, ni siquiera sabía por qué había llevado ese aparato a ese lugar, cuando lo único que deseaba era estar tranquilo en soledad.

Ignoró el persistente chasquido, hasta que se agotó su paciencia.

—Pitt —contestó secamente.

—Tienes que venir inmediatamente a la agencia, Pitt. Carin está viva. —Le soltó Becker en tono seguro, y no le dio tiempo a preguntar o replicar nada, simplemente colgó.

Pitt pensó por un segundo que estaba jugando una broma, pero conocía bien a Becker: él no jugaría con algo así, no con él.

Salió corriendo de la cabaña y se dirigió a toda prisa hacia la ciudad. Las manos le temblaban. ¿En verdad Carin estaba viva?

La sala de controles era una locura, los miembros de otras secciones, e incluso los directores, estaban ahí para asegurarse de que Carin regresara a casa.

Unos minutos después apareció Pitt. Su rostro no revelaba nada, era el mismo Pitt que todos conocían, sereno y en control.

—No puedo localizar a Morris, pero omitiremos su autorización, esto está fuera de todo protocolo. Señor, —dijo, dirigiéndose al director en jefe de la agencia espacial— tenemos que abrir el agujero de gusano para que Marx regrese. Yo asumo la responsabilidad por cualquier contratiempo que pueda ocurrir durante el proceso.

El director en jefe se lo quedó mirando por unos segundos. Era el mismo Pitt seguro de siempre, pero una nueva luz brillaba en sus ojos.

—Háganlo. Traigan a Marx a casa.

Eso era todo lo que necesitaba.

Pitt dio las órdenes pertinentes; Flyn estaba a cargo de las comunicaciones mientras que Becker haría los honores al abrir el portal.

—Carin, tenemos tu posición, Becker está introduciendo las coordenadas. Debes activar el sistema de presurización de la cápsula, y entrar tan pronto esté lista.

La chica hizo lo que se le indicaba y cuando comprobó todos los controles y

se abrochó los cinturones de seguridad, le indicó a Bertha que estaba completamente lista.

—Bien, ya conoces el procedimiento, Carin. Sentirás un fuerte jalón por la succión del agujero de gusano, pero será solo un segundo, luego la velocidad de la cápsula se estabilizará. Te tendremos aquí en unos minutos. Suerte.

—Gracias, Bertha. —Más que palabras, fueron un suspiro.

—¿Becker? —Flyn parecía estar al mando de la operación, mientras Pitt lo observaba todo desde su sitio de costumbre, para dominar toda la sala con la vista.

—Ya casi estoy listo. —Becker lucía muy concentrado mientras programaba el ordenador con los códigos necesarios para la apertura del agujero interestelar—. En cinco, cuatro, tres, dos, uno, ¡ahora!

Carin sintió un repentino y violento jalón que la introdujo en el agujero de gusano, y empezó lo que le pareció, hasta entonces, la travesía más larga de su vida.

—Voy a casa, voy a casa —repetía una y otra vez para sí misma, mientras rogaba en silencio que todo saliera bien.

Capítulo 21

El arribo a la Tierra fue un poco más violento de lo que había sido su llegada a Gab, pues no alcanzó a activar el sistema de aterrizaje, quizá debido a los nervios y al desgaste emocional que había experimentado las últimas fechas.

La cápsula aterrizó violentamente en la estancia sellada herméticamente donde se generaba el agujero, y Carin perdió el conocimiento de forma instantánea debido al impacto.

Abrió los ojos lentamente. No supo cuánto tiempo había pasado, ni dónde se encontraba. Una luz blanca sobre su cabeza la cegó por un instante.

Se llevó una mano al rostro para cubrirse un poco de la luz. Escuchó el bip constante y pausado de un monitor de signos vitales, y vagamente pensó que estaba en un hospital.

Un hombre al que no había visto se acercó de inmediato a ella, y empezó a revisarle el pulso y los ojos, mientras varios hombres entraron repentinamente y la rodearon, junto con varias enfermeras.

La chica sintió que la cabeza le daba vueltas, y el primer hombre, el médico a cargo, al parecer, indicó a todos que guardaran silencio.

—Señorita Marx, ¿cómo se siente?

Tenía la garganta seca y se sentía bastante confundida y un tanto adolorida por el atropellado arribo, pero estaba en casa.

—Yo... estoy bien, creo.

El hombre sonrió.

—La dejaremos descansar, necesita mucho reposo. —Se fue detrás de todos los demás, rumbo a la salida de la habitación, pero en la puerta se volvió nuevamente a ella—. Su madre está aquí, y quiere verla. Yo solo quería estar seguro de que usted está bien. Por favor, llámenos si necesita cualquier cosa.

—¡Mi madre! Hágala pasar, por favor.

Fue inevitable que la chica llorara a lágrima viva cuando vio a su madre entrar en la habitación. ¡Vaya! La audaz y atrevida Carin Marx estaba llorando como una damisela frágil y sentimental.

Su madre la mantuvo estrechada en sus brazos durante muchos minutos. Su hija estaba viva, eso era lo único que importaba. Con suaves caricias en la espalda logró calmar los agitados sollozos de la muchacha.

—Mamá, no sabes cuánto te extrañé —le dijo, con la voz enronquecida por la emoción y las lágrimas.

—Claro que lo sé, cariño, pero ya estás aquí, conmigo. —Y le besó el cabello como para asegurarse de que era real.

Un discreto toque en la puerta las distrajo, y el rostro amable de Bertha Flynn asomó con una enorme sonrisa.

—¡Bertha! —Las lágrimas de felicidad acudieron nuevamente al rostro de la joven.

Tras Flynn entraron Becker, Quinland, Angus, Rosie Denny y Max Woo.

Todos querían hablar al mismo tiempo y rápidamente la habitación se llenó de voces y algarabía.

—¡Shhhhh! —Flynn trató de poner orden—. El doctor vendrá y nos echará todos si seguimos haciendo tanto ruido. Entramos de contrabando —agregó en voz baja, dirigiéndose a Carin y su madre.

Carin rio; el sonido de su risa le pareció extraño y ajeno, pero se sentía tan bien... Hacía mucho que no reía.

Unos minutos después sus amigos se despidieron porque ella tenía que descansar. Ansiaba preguntarles por Jan Pitt, pero no se atrevía; ninguno de ellos lo había mencionado, así que no tuvo excusa para traerlo a colación.

—El doctor Nyman dijo que estarás en observación por algunos días, hija. Perdiste mucho peso y estabas deshidratada; dijo algo de tus células, que necesitaban regenerarse, pero no comprendí de qué estaba hablando. Además, estabas en un estado de agotamiento agudo. —La preocupación por lo que podría haberle ocurrido se traslucía en las palabras de su madre.

Carin le sonrió para tranquilizarla.

—Estaré bien, mamá. Estaré mejor que nunca. Estoy en casa —aseveró, apretándole la mano.

¿Por qué Pitt no ha venido a verme? ¿Por qué nadie lo menciona, por qué no sé nada de él? ¿Le habrá ocurrido algo malo?

Sé, estoy segura, de que debe haber estado furioso conmigo cuando perdieron mi señal, pero ahora debería estar aliviado, y feliz.

Phillip Morris vendrá a verme dentro de unos minutos. Le preguntaré por Jan, no me importa si saca sus propias conclusiones, la incertidumbre me está matando. Estoy empezando a dudar de mis propios instintos, tal vez me equivoqué respecto a lo que Jan siente por mí.

—Señorita Marx, nos dio un tremendo susto. —La voz familiar y melodiosa de Morris la sacó de sus cavilaciones.

Ella sonrió, nunca pensó que le daría tanto gusto verlo.

—Lo sé, senador.

—¿Cómo se siente?

—Cansada, pero feliz, estoy en casa.

—Sufría agotamiento extremo cuando llegó.

—Sí, lo sé, mi ciclo de sueño se trastornó por completo en Gab. Allá la noche dura cincuenta y seis horas terrestres.

Morris asintió en silencio.

—Señorita Marx, tan pronto se recupere, requeriremos que nos brinde usted un informe detallado y completo de todo lo que le ocurrió en Gab XT.

—Lo sé, señor.

—Tengo mucha curiosidad —agregó Morris en su tono seductor de político experimentado.

—También lo sé, señor, pero le aseguro que sus expectativas exceden la realidad.

Él hizo un gesto que la chica no supo cómo interpretar.

—Ya veremos. Recupérese. —Y se despidió con su sonrisa de conquistador.

No le había dado tiempo ni oportunidad para preguntarle por Pitt. ¿Es que no pensaba ir a verla, el muy cretino?

Pitt había ido al hospital todas las noches desde su ingreso, y la observaba desde el pasillo, a través de la ventana de la habitación. Allí se quedaba durante un largo rato, observando sus movimientos, su respiración, pero no se decidía a entrar. Sentía que si lo hacía no podría controlarse y le echaría en cara el maldito susto de muerte que le había dado cuando se perdió su señal en aquel planeta lejano, y los meses de agonía que pasó después, pensando que la había perdido para siempre.

Su madre la ayudó a vestirse cuando el doctor Nyman le anunció que había sido dada de alta.

—Mamá, ya te dije que estoy bien, puedo hacerlo sola —le dijo, entre conmovida y molesta.

—Ya lo sé, hija, pero quiero hacerlo.

Su madre prácticamente la forzó a quedarse con ella unos días antes de irse a su pequeño departamento, sola. Quería asegurarse de que realmente estaba bien y cuidar de ella como solo una madre sabe hacerlo.

En otro tiempo Carin se habría negado en redondo, pero tenía que admitir que le encantaba verse mimada por su madre; durante meses temió haberla perdido para siempre, y ahora quería disfrutarla al máximo.

Su madre se percató de que parecía más relajada y serena, pero algo nublaba su ánimo, y ella creía saber qué era.

—¿Cuándo volverás al trabajo? —Le preguntó luego de que Carin hablara con el director en jefe de la agencia.

—La próxima semana. Quieren que descanse y me reponga para el informe.

—*Wow*, eso será interesante. Es una pena que Jan Pitt no lo verá.

¡Por fin alguien lo mencionaba! Pero ¿tenía que ser su madre?

—¿Por qué dices eso, mamá?

La señora la miró con extrañeza, al parecer nadie le había informado a su hija que Jan Pitt ya no estaba en la agencia.

—Pitt ya no trabaja en la agencia, querida. La abandonó cuando cancelaron la misión de exploración de Gab, y se fue a vivir a una vieja granja familiar a las afueras de la ciudad. Ha vivido desde entonces como un ermitaño.

La chica abrió mucho sus enormes y hermosos ojos de color miel. Esas eran

las primeras noticias que recibía de Pitt desde su regreso, y no sabía exactamente qué pensar.

Sabía que Pitt era un pesimista irredimible, y de seguro la había dado por muerta cuando perdieron la señal, pero no creía que él se hubiera dado por vencido fácilmente, seguramente había agotado todos los recursos para encontrarla.

¡Se había recluido en una granja, lejos de la ciudad, de la agencia, de sus colegas! ¿Sentiría que había fracasado? O tal vez no podía soportar haberla perdido...

Dio un bocado distraídamente; la comida en la Tierra era una mezcla procesada, muy diferente a la de Gab, pero su sabor era familiar y conocido.

Definitivamente tenía que hablar con Pitt.

Capítulo 22

Pitt miró la pequeña semilla que se disponía a plantar en un viejo recipiente de plástico.

Su amigo Doug Fennig había estado experimentado con semillas de tomate y girasol que requerían una cantidad ínfima de agua, toda una proeza, tomando en cuenta que quedaban muy pocas semillas de cultivos en el mundo, y Pitt se había ofrecido a plantar algunas como parte de las pruebas de campo.

Estaba muy concentrado en esa labor cuando escuchó el zumbido constante de una moto. Se asomó por la ventana del cuartucho al que pomposamente llamaba invernadero, y el corazón le dio un vuelco cuando reconoció la figura esbelta vestida de negro.

Tocó a la puerta de la desvencijada cabaña, y tras comprobar que nadie le abriría se dirigió a la parte de atrás. Justo al doblar la esquina se topó con Pitt. Vestía unos gastados jeans que alguna vez fueron de color azul claro, una camiseta blanca que acentuaba los músculos de sus brazos y unos zapatos de trabajo.

A Carin se le secó la boca al verlo; tenía manchas de tierra en la camiseta, lucía una barba rojiza de varios días y aparecía más delgado de lo que recordaba, pero se veía más atractivo y *sexy* que nunca.

La chica se recompuso como pudo.

—¿Así que no pensabas venir a verme? —Trató de parecer bromista y casual como siempre.

Pitt emitió lo que a ella le pareció un gruñido. ¡Vaya! Tantos meses en esa soledad estaban provocando un extraño efecto en él.

—Me aseguré de que estabas bien —replicó él con sequedad.

Carin se sentía herida; había esperado alguna reacción airada por parte de

él, pero no ese desdén.

—Ya veo. —Y se mordió un labio para tratar de contener las lágrimas.

—¿Qué quieres, Carin? —En realidad no quería hacer esa pregunta, no quería hacerle ninguna pregunta.

Deseaba correr hacia ella y comprobar con sus propias manos y su propia boca que ella era real, que verdaderamente estaba parada frente a él.

Lo que su voz había transmitido era fastidio, y Carin se dio una patada mental por haber sido tan estúpida para ir a verlo cuando era evidente que él no tenía ningún deseo de verla.

—Quería mostrarte mi informe. —Y blandió un pequeño dispositivo frente a él.

—Ya no trabajo en la agencia, Carin. No puedes mostrármelo, y yo no debo leerlo. Sería ilegal. —Los modales fríos y enfadados de Jan estaban empezando a sacarla de quicio.

—Sé que no trabajas más en la agencia, pero quiero que lo veas.

—¿Por qué no puedes seguir las reglas, Carin? ¿Por qué siempre tienes que romperlas? No puedes mostrarme tu informe, yo no debo leerlo. ¿Qué parte de «no» es la que no entiendes?

Estaba enfadado, en verdad estaba furioso con ella, y consigo mismo, por tener que luchar contra sus propios deseos. No debía amarla, no debía desearla, él era un sosegado hombre de ciencia, escrupuloso, prudente y apegado a las normas; ella, en cambio, era un tifón que lo arrasaba todo a su paso.

Una lágrima amenazaba con derramarse de sus ojos. No entendía ese rechazo por parte de Pitt.

—¿Es que ni siquiera te alegras de verme? —Se atrevió a preguntarle, con la voz trémula por la rabia y la decepción.

Pitt le clavó la mirada, pero guardó silencio. Sus ojos azules despedían chispas. Estaba buscando las palabras precisas para explicarle todo el dolor que había experimentado en su ausencia, pero no las encontraba.

—¿Que si me alegro de verte? —Había sarcasmo en su voz—. ¡Volví a nacer cuando me enteré de que estabas viva!

—¿Entonces por qué...?

—¡Y me basta con eso, Carin! —La interrumpió bruscamente—. Solo necesitaba saber que estás viva —agregó con serenidad y un cierto cansancio.

No entendía. En algún momento de su relación con Jan había estado

convencida de que él estaba enamorado de ella, pero su reacción en esos momentos era totalmente confusa. ¿Le bastaba con saber que estaba viva, no necesitaba tocarla, sentirla... amarla?

Consideró que tal vez sus instintos la habían engañado por completo: todos conocían las cualidades de Jan, su sensatez, su capacidad de análisis para tomar las mejores decisiones, su prudencia, pero ella creyó haberlas traspasado para descubrir a un hombre que podía llegar a ser muy entregado, sensible y apasionado. Ahora tenía la profunda sospecha de haber malinterpretado por completo a ese hombre.

¿Sería posible que por primera vez en su vida se hubiera enamorado de un hombre totalmente opuesto a su carácter, y se hubiera equivocado?

Su corazón y su ánimo se desinflaron como un globo pinchado. Aquella visita había sido en vano, aunque al menos había logrado verlo.

—Pues estoy viva —replicó con seriedad, aparentando una frialdad que no sentía—. Tu carrera está intacta, Pitt, podrías volver a la agencia cuando quieras, Frank estará feliz de que regreses.

Hizo un ademán a modo de despedida.

—Es bueno verte, Pitt. Adiós.

Y partió tan rápido como había llegado. Jan, impotente, perdida su lucha interna (como siempre), la observó alejarse por el árido camino.

—¡Soy un estúpido! —gritó, dando una patada a una piedra. No recordaba haber hecho una rabieta en toda su vida.

Aunque Carin hubiera querido evitarlo, las lágrimas arrasaron sus mejillas, inclementes. Tuvo que detenerse a un costado del camino, fuera de la vista de Jan, para dar rienda suelta a su decepción y su tristeza. Últimamente lloraba mucho, tal vez por todo lo que no había llorado en el pasado, o quizá porque se había vuelto muy sentimental. Se sentía extraña en esa nueva faceta, no estaba acostumbrada a dejar que sus emociones fluyeran sin freno, ella siempre las había controlado.

Pero ahora veía las cosas de forma muy diferente: ahora sabía que no tenía nada de malo demostrar un poco de afecto, o de temor. Si antes era considerada temeraria, ahora entendía mucho mejor a Jan Pitt: no era cobardía lo que lo movía a actuar como lo hacía, sino el valorar cada segundo, cada acción y sus consecuencias, cada vida.

Mucho tiempo después se secó las lágrimas con el dorso de la mano y continuó su camino. Volvería a ser la misma Carin de siempre, tal vez, algún

día.

Capítulo 23

Carin se sentía más observada que nunca bajo la escrutadora mirada de los integrantes de la Comisión de Exploración Espacial.

A pesar de que la sala estaba llena de gente, el silencio se había apropiado del recinto; casi podía escuchar el latido desbocado de su corazón.

Había ensayado muchas veces sus respuestas, había analizado a conciencia su informe, pero esa era la prueba de fuego. Tenía que ser convincente, y no estaba muy segura de lograrlo.

—Señorita Marx. —Philip Morris rompió el silencio—. Aunque su informe es muy completo, los miembros de la comisión tenemos algunas dudas. Para empezar, ¿cómo logró sobrevivir tanto tiempo en Gab sin el equipamiento adecuado? Usted estuvo cerca de cinco meses terrestres en ese planeta, y se suponía que su misión sería de solo unos cuantos días.

—Señor, me refugié en la cápsula, como ya lo expliqué en mi informe. Distribuí las provisiones que llevaba, de tal manera que solo comía una pequeña porción por día. Cuando logré restablecer la comunicación con la Tierra, hacía varios días que se me habían terminado.

»Lo que me ayudó es que, paradójicamente, los bruscos cambios en mis ciclos de sueño y vigilia hicieron mucho más lento mi metabolismo, por tanto, requería menos alimento. Encontré agua, efectivamente, y cuando se terminó mi provisión logré obtenerla del planeta, pero los análisis químicos que realicé, como pueden ver, muestran que está contaminada con una sustancia similar al cianuro. En pequeñas cantidades es inocua, pero a largo plazo causaría graves problemas a la salud.

Los hombres y mujeres en el presidium la miraban fijamente, con expresión seria, inescrutable. Una senadora volvió a la carga:

—Menciona usted que una tormenta solar muy intensa de la estrella Juzu9214 provocó la pérdida de comunicación con las sondas y posteriormente con la cápsula Terrian.

—Así es, señora.

—¿Por qué nuestros sistemas no la detectaron, señorita Marx?

—No lo sé, senadora, no tengo una respuesta para ello. La tormenta fue muy fuerte y duró varios días, en tiempo terrestre. La radiación afectó los aparatos, y tuve que arreglármelas como pude para repararlos. Yo creí que la habrían detectado.

—No fue así —aseveró la mujer.

Guardaron silencio.

—Una tormenta así lleva cargas muy elevadas de radiación, usted estuvo expuesta a ella pues la cápsula no pudo haberla protegido. Sin embargo, su escaneo médico no muestra que se haya visto afectada de ninguna forma por esa radiación. ¿A qué lo atribuye? —cuestionó Morris.

—Señor, el traje que utilicé está diseñado para ese tipo de eventos. —Carin se obligó a sonar segura y confiada.

—Su escaneo —intervino otro senador— también mostró un alto grado de oxidación de sus células. Entiendo que esto se debe a las altas concentraciones de oxígeno en Gab XT; sin embargo, usted menciona que el planeta no es apto para la vida.

Carin se removió en la silla.

—Señor, lo expliqué en mi informe. Los niveles de oxígeno de Gab XT son muy altos, y nos afectarían como lo mostró mi escaneo médico. Además de eso, la tierra del planeta es totalmente estéril: no contiene minerales o algún otro tipo de nutrientes.

—Pero podría fertilizarse.

—¿Con qué, señor? ¿Con químicos? Aquí la tierra tampoco tiene nutrientes naturales. Fertilizarla químicamente supondría un esfuerzo descomunal y un riesgo enorme. Mi informe es claro: el agua está contaminada, la tierra es estéril. Gab XT no es la opción para la supervivencia de la raza humana. —La última frase resonó en la estancia.

Por un instante predominó en la sala el murmullo de la deliberación que sostenían entre sí los miembros de la comisión.

—Su escaneo médico también mostró la presencia de sustancias extrañas, minerales y algunos compuestos desconocidos en la tierra, ¿a qué lo atribuye?

—inquirió nuevamente la mujer.

—Realicé arduas exploraciones en Gab, supongo que es probable que algunas sustancias dispersas en la atmósfera hayan podido traspasar mi traje a través del sistema de presurización, y llegar hasta mi sistema. No lo sé, es la única explicación que se me ocurre al respecto.

—¿Qué puede decirnos de la imagen que envió el Kalliber, señorita Marx? La imagen de una presunta construcción, que fue la que nos hizo pensar que podría haber vida inteligente en Gab —intervino Morris.

La joven guardó silencio por unos segundos.

—Hice un recorrido exhaustivo, hasta donde mis recursos me permitieron, y no pude encontrar ningún rastro de alguna construcción, o alguna otra evidencia de que pudiera haber, o de que haya existido, vida inteligente en Gab. He llegado a la conclusión de que es probable que, debido a la misma tormenta solar que afectó mi cápsula y mis dispositivos, la señal del Kalliber se haya confundido con otros archivos ya impresos en su memoria, y lo que interpretamos como una construcción en Gab no sea sino una imagen proveniente de la misma Tierra.

Un fuerte murmullo se levantó en la sala. Morris pidió silencio e hizo algunos apuntes antes de dar por terminada la audiencia.

Carin sintió gran alivio al deducir que habían creído su versión. Se preguntó si habría algún ser proveniente de Gab observando, camuflado como humano. Estaba prácticamente segura de que así era.

Se madre le dio un cálido abrazo cuando se dirigió a la salida de la sala de audiencias.

Afuera la esperaba una gran cantidad de reporteros y otras personas que querían cuestionarla personalmente sobre su experiencia.

A lo lejos, apoyado en una columna, Jan Pitt observaba la escena, mirando sin ser visto.

Carin vestía falda y saco negros, camisa blanca y zapatos altos; llevaba el cabello recogido en una elegante coleta y lucía simplemente preciosa.

Se dirigieron a la casa de su madre para comer. Carin aún estaba un tanto ansiosa, ya que la comisión deliberaría sobre su informe.

Marissa, su madre, estaba de muy buen humor, mientras que la joven se esforzaba por aparecer animada, pero aquello no escapó a los ojos bien entrenados de la señora.

—¿Qué te pasa, hija?

Carin se sorprendió; creía ser mejor actriz, siempre había sido muy buena para ocultar sus sentimientos.

—No me pasa nada, mamá. Estoy feliz de estar en casa.

—Sé que te alegra estar de vuelta, pero no estás feliz.

Carin se puso en pie bruscamente y esbozó una sonrisa forzada.

—Ya se me pasará, mamá. Gracias por la comida. —Y se marchó intempestivamente.

Capítulo 24

Es increíble cómo dos lugares pueden evocar emociones tan diversas. Estoy feliz de estar en la Tierra, mientras que, al recordar mi estancia en Gab, solo acuden a mi mente la soledad, la tristeza, la sensación de no pertenecer ahí en absoluto, de ser una intrusa.

Todo es tan frío en Gab: su clima, sus habitantes. Estas criaturas son muy civilizadas y racionales, pero carecen de lo esencial. No sentí ninguna conexión con ellos, aunque en algún momento tuve la impresión de que Ukl empezaba a captar el significado de algunas de las cosas que nos hacen humanos.

Sospecho que él intervino ante los mandos para que consideraran dejarme partir, pero no tuve tiempo de preguntárselo. ¿Acaso se habrá conmovido por mi situación? ¿Habré removido alguna fibra de su ser, despertando algo remotamente parecido a la empatía, o quizá, incluso, a la compasión?

De alguna manera extraña creo que llegamos a ser amigos. Me hizo muchas preguntas y supongo que aprendió mucho de los humanos por mi conducta. Yo, por mi parte, debo admitir que habría tenido una estancia mucho más dura en Gab si no hubiera sido por Ukl.

Me agradaría tener contacto con Ukl de alguna manera, pero sé que, por cuestiones de seguridad, es imposible.

Tocan a la puerta. He tenido muchas visitas últimamente, todos quieren hacerme preguntas sobre mi viaje. Estoy empezando a cansarme de esto.

Carin abrió la puerta con desgana; llevaba casi dos semanas repitiendo los detalles de su experiencia y se sentía cansada.

Además, quería estar sola, todavía tenía muchas cuestiones personales que resolver consigo misma.

Se quedó de piedra cuando vio a Pitt. Se había afeitado, vestía jeans y una camiseta gris y olía de maravilla. Se recargó en la puerta para impedirle el paso.

—¡Vaya, el imperturbable Jan Pitt! —dijo con sarcasmo no premeditado—. ¿A qué debo el honor?

A Jan no le pasó desapercibido su tono, y sonrió tímidamente.

—¿Cómo estás? —le preguntó amablemente.

Parecía otro Jan Pitt, muy diferente al que había visto hacía unos días y que la había tratado como si su sola presencia le causara urticaria.

—Estoy excelente —respondió ella con una enorme sonrisa fingida.

Jan se sintió un poco amedrentado por esa actitud tan típica de Carin, pero al mismo tiempo se sintió culpable al detectar que ella estaba molesta y dolida.

—¿Puedo pasar?

La chica vaciló por unos segundos. ¿Qué querría? Le cedió el paso en silencio, con cara de pocos amigos.

Verlo no le hacía ningún bien; estaba totalmente resentida con él por haberla rechazado con cajas destempladas, dos veces. Ahora estaba convencida de que había confundido las señales: Jan jamás había estado interesado en ella, no románticamente. Tenerlo ahí, en su casa, tan cerca, oliendo tan bien y luciendo tan atractivo era una verdadera tortura, cuando ella se había propuesto firmemente sacarlo de su corazón.

Bien, pues esta sería su prueba de fuego.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó con estudiada amabilidad.

Se dirigió a la cocina, a pesar de que él no le había respondido, pero ella necesitaba urgentemente un trago.

Volvió con dos vasos con *whisky*, y Jan se preguntó de dónde habría sacado Carin esa reliquia: era muy difícil conseguir cualquier cosa para comer o beber en esos días, y el escocés era una de las provisiones más preciadas, a pesar de que no se acercaba siquiera un poco al verdadero *whisky*; lo que ahora llamaban de ese modo era el extracto fermentado de una rara mezcla de semillas secas cuya única cualidad era el embotar a quien lo bebiera. A pesar de ello debía costar una fortuna en el mercado negro, y Jan se dijo a sí mismo

que prefería no saber dónde y cómo lo había obtenido.

Ella sabía que Jan no se llevaba muy bien con el alcohol, pero él tomó el vaso de todos modos. Necesitaba un trago. Tomó un poco y miró a Carin a los ojos. Parecía cohibido.

—Sé que el otro día me comporté como un verdadero idiota, y lo siento mucho. Estaba feliz de que te encontraras bien, pero no estaba listo para verte.

Carin estaba desconcertada, no entendía qué quería decir con eso.

—¿Por qué? —atinó a preguntar.

—Porque estaba furioso contigo —suspiró.

—¿Tú estabas furioso conmigo? —Al ver que él no respondía, agregó, más calmada—: Bueno, eso puedo entenderlo, de verdad, pero sí te comportaste como un idiota.

Jan sonrió. Esa era la Carin que amaba, la que no temía decir las cosas tal cual las sentía.

No supo qué más decir. Había pensado mucho en ellos dos últimamente, en su relación, en lo diferentes que eran uno del otro, en lo que había sufrido al pensar que ella había muerto, y en que no quería seguir siendo un cobarde y posponer su felicidad por temor a que ella lo destrozara.

Ella parecía triste. Su amenaza de explosión había quedado solo en eso, y él, conociéndola, había esperado una reacción más intensa.

—Si solo has venido a disculparte, ya todo está olvidado. —Hizo un ademán con la mano restando importancia al asunto, como en los viejos tiempos, como si solo fueran amigos, como si su felicidad no estuviera en juego.

Jan negó con la cabeza y bebió el resto del licor.

Ella se acercó a él para tomar el vaso, y cuando pretendía dirigirse a la cocina, Jan la tomó por el brazo y la acercó a él. No le dio tiempo a reaccionar cuando Pitt la atrajo hacia él y la envolvió en un abrazo tan tierno como posesivo y desesperado.

La mujer se resistió solo por un segundo, y se dejó llevar, abrazándolo también, dejándose envolver en sus brazos, hundiendo la cara en su cuello y absorbiendo todo su aroma, llenándose de él.

Por un instante se olvidaron de todo, solo existían ellos dos, en ese abrazo con el que estaban diciéndose tantas cosas. Carin sonrió como una niña al reconocer lo bien que se sentía la calidez y la fuerza de los brazos de Jan su alrededor.

Muchos segundos después Jan adquirió la fuerza de voluntad suficiente para

separarse, pero no la soltó, se quedó mirándola a los ojos fijamente, diciéndole sin palabras todo lo que se había reservado para él hasta ese momento.

Carin se hundió en esos ojos azules que amaba y sonrió tontamente; él supo que ese era el momento que había estado esperando desde que se había dado cuenta de que estaba enamorado sin remedio de esa chica temeraria y medio loca. Se acercó lentamente y la besó con suavidad, sin prisa alguna, grabando en su mente cada sensación. Esta vez no iba a salir huyendo.

Una corriente eléctrica recorrió todo el cuerpo de Carin y le impidió pensar con claridad. Jan la acercó aún más a su cuerpo y un gemido escapó de su boca.

Una parte muy recóndita de su cerebro quiso resistirse a esas exquisitas sensaciones, después de todo, no podía ser que perdonara tan fácilmente a ese hombre cuando la había rechazado tan descaradamente, pero sus neuronas dejaron de funcionar de repente.

Jan la estaba besando, la estaba tocando con ansias contenidas. Así que no era tan frío después de todo, algún día tenía que perder el control, y parecía que ese día había llegado. Solo el Huracán Carin podría conseguir semejante hazaña.

El hombre hizo un esfuerzo sobrehumano para separar su boca de la de Carin.

—Carin, yo...

—Shhhhh —La mujer puso su dedo índice sobre los labios masculinos—. No tienes que decir nada.

Y volvió a besarlo mientras el mundo alrededor desaparecía.

Capítulo 25

«Así que así es como se siente hacer el amor» pensó Carin, satisfecha, mientras acariciaba el pecho desnudo de Jan.

Había estado con otros hombres antes, pero nunca se había sentido así, feliz, totalmente satisfecha, completa...

Jan sonrió mientras ella paseaba sus dedos distraídamente por su pecho.

—Me haces cosquillas.

Carin lo miró a los ojos, con una mirada llena de ternura. Ahora lo entendía todo, comprendía por qué Jan se había resistido tanto a entregarse a esos sentimientos: era sublime, pero al mismo tiempo aterrador.

—Me pregunto cómo fue que finalmente te decidiste. —No tenía que ser específica, sabía que él entendería.

Jan le devolvió la mirada.

—Me di cuenta de que estaba siendo un estúpido, me porté muy mal contigo la última vez que nos vimos. Estaba feliz de que hubieras vuelto, pero al mismo tiempo estaba furioso contigo. Y tenía miedo.

—¿Miedo a qué? ¿Dudabas de mis sentimientos?

—No. Intuía que sentías algo por mí, pero... Tienes que admitir que eres complicada, Carin.

—¿Yo, complicada? —Se fingió ofendida—. Lo dice el hombre que aparenta ser frío y totalmente racional, pero que me mira como si se estuviera quemando por dentro, y a pesar de eso me rechaza —lo dijo medio en serio, medio en broma, pero Pitt no se rio.

—Tú —Él recorrió su rostro con la mirada—, me haces dudar de mi propio sentido común. Simplemente me vuelves loco.

Había frustración en sus palabras y Carin se sintió halagada y ofendida al

mismo tiempo, porque era como si Jan no quisiera que ella provocara esas emociones en él.

La expresión de ella se volvió triste, bajó la mirada hacia el pecho masculino.

—Si te sirve de consuelo, lo pensaría dos veces antes de hacer nuevamente algo como lo que hice.

Aquello fue una revelación. Pitt posó sus dedos en el mentón femenino y la instó suavemente a mirarlo a los ojos. Carin se estremeció al ver esos ojos azules llenos de amor y trató de reprimir el temblor; todavía le costaba trabajo asimilar las sensaciones que ese hombre le provocaba.

La enorme y genuina sonrisa de Pitt terminó de desarmarla.

—Sí, me consuela mucho escuchar eso. —Y la besó suavemente, sin prisa.

«Qué bien se siente estar en casa» pensó Carin con satisfacción antes de perderse nuevamente entre las sábanas con el hombre que amaba.

Capítulo 26

—¿Ya decidiste si volverás a la agencia? —le preguntó Carin por la mañana, mientras yacían abrazados.

—Aún lo estoy pensando, pero creo que sí lo haré. Así podré vigilarte de cerca —bromeó.

Carin se separó de él con expresión de incredulidad.

—Puedes vigilarme todo lo que quieras, pero no puedes impedir que yo haga lo que quiero.

Jan se incorporó. Su voz revelaba una triste resignación al decir:

—Eso es evidente.

—Oh, Jan, por favor, ya te dije que lo pensaría dos veces antes de emprender una aventura como la de Gab —dijo ella para tranquilizarlo.

—Ya lo sé —replicó, poniéndose de pie, sin sonar muy convencido.

Entró al baño, de donde salió unos minutos después, duchado. Por ser empleada federal, Carin gozaba del privilegio de contar con agua corriente, aunque fuera restringida y su uso estuviera estrictamente controlado.

Ella aún estaba en la cama y admiraba sus músculos bien marcados y unas gotas de agua que bajaban lentamente por su torso desnudo.

—¿Carin?

—¿Sí? —Ella parecía estar en trance.

Él parecía no saber cómo formular lo que quería decirle.

—¿Qué encontraste en Gab?

Carin volvió a la realidad, su expresión se tornó totalmente seria.

—¿A qué te refieres?

—Las muestras de agua de Gab que recibimos la primera vez no mostraban trazas de ninguna sustancia tóxica o venenosa, y se encontraron rastros de

ciertos minerales en la tierra, similares a los que alguna vez tenían aquí los terrenos para cultivo.

Carin se demoró unos segundos en responder:

—Las muestras que yo tomé arrojaron los resultados que señalé en mi informe.

—Pero no hay pruebas de tus análisis, no pudiste enviarlos y los registros de la computadora se borraron por esa supuesta tormenta solar.

Ella se incorporó.

—¿Dudas de mis conclusiones, Pitt? —El tono de ella parecía rayar en la ira, pero en realidad ocultaba el temor a que él descubriera la verdad.

Había pensado que si había alguien que pudiera refutar sus afirmaciones era Jan Pitt. Y ahí estaba, poniendo en tela de juicio sus conclusiones con toda la tranquilidad de que solo él era capaz.

La mirada de Pitt dejó entrever algo de ternura al decir:

—Creo que estás ocultando algo.

Carin se puso tensa.

—No estoy ocultando nada. El agua de Gab es tóxica, la tierra no sirve para el cultivo, hay demasiado oxígeno, envejeceríamos mucho más rápido que aquí.

—No pudiste haber sobrevivido cinco meses con las provisiones que llevabas, por mucho que las hubieras racionado. —Jan hablaba con gran serenidad.

Ella se sintió acorralada. A Pitt no podría engañarlo, pero tampoco podía decirle la verdad, pues había captado la velada amenaza de los mandos de Gab y sabía que pondría en riesgo la vida de ambos.

—Puedes creer lo que gustes —sentenció ella con una calma digna del propio Pitt.

—Creo que estás mintiendo. Creo que encontraste algo allá, pero no quieres decirlo. Dime, Carin, ¿qué hay en Gab?

Una profunda tristeza se instaló en los ojos claros de la mujer. Odiaba tener que mentirle a Jan, sobre todo ahora.

—No hay nada allá para nosotros, Jan. Tienes que creerme.

En su mirada, en sus palabras, solo había sinceridad. Jan le creyó.

Capítulo 27

La expresión de Philip Morris lucía más solemne que de costumbre.

Había citado a todos los miembros de la agencia espacial, con especial énfasis en los integrantes del departamento de exploración, para anunciarles el veredicto sobre el informe de Carin sobre Gab XT.

Cuando todos se instalaron en los lugares que eligieron, un profundo silencio se adueñó de la sala.

—Señoras, señores, después de un profundo análisis de las evidencias enviadas por las sondas previas, y del informe de Carin Marx, hemos llegado a la conclusión de que, a pesar de que los resultados puedan parecer decepcionantes, no debemos darnos por vencidos.

»Gab XT abrió la esperanza a la posibilidad de un resurgimiento de la humanidad en otro punto del universo. Es probable que pasen muchos años antes de que encontremos otro planeta que nos dé indicios de poder albergar la vida en cualquiera de sus formas. Es posible que esa fortuna no le toque a nuestra generación. Pero no debemos decaer en nuestros esfuerzos.

»El poder abrir agujeros de gusano y dirigirlos a voluntad a donde queramos es una enorme ventaja, una que nunca había tenido la humanidad, y debemos aprovecharla. Todos ustedes son científicos, tienen la capacidad y la inteligencia para diseñar nuevas estrategias, nuevos aparatos, para materializar ideas que al principio parecen imposibles.

»Yo confío en ustedes, confío en que encontrarán la forma de seguir explorando de forma exitosa el universo. Si en siglos pasados el hombre lo hacía por obtener un mayor conocimiento del espacio, de la materia, de cómo funciona todo, incluso de nuestro origen, ahora tenemos un fin mucho más perentorio: nuestra supervivencia.

»La comisión espacial del Senado ha decidido que no se suspenderá el programa de exploración, y el próximo paso a seguir se guiará por las directrices que ustedes definan. Esperaremos su plan en las próximas semanas. Así que, a trabajar.

Morris bajó de la especie de balcón donde se había instalado para dar ese discurso. Un murmullo de satisfacción general se elevó en la sala de controles. Muchos acudieron a estrechar la mano del representante Morris cuando bajó las escaleras.

—Tendrán todo el apoyo de la comisión, se lo aseguro. —Se dirigió a Pitt, que había escuchado en silencio el anuncio, y sonreía sin decir nada mientras sus compañeros sonreían y se felicitaban mutuamente.

Cuando todos empezaron a dispersarse su mirada se posó en Carin, que lucía extrañamente serena. Algo en su actitud había cambiado a su regreso de Gab; seguía siendo intensa, decidida y por momentos aprensiva, pero también hacía gala de una madurez y una tranquilidad para analizar y aceptar las cosas que antes no poseía.

Carin lo sonrió, con esa sonrisa abierta y alegre que lo desarmaba.

—No irás a ninguna parte —le dijo él solo con el movimiento de sus labios. Ella lo entendió perfectamente y ensanchó más su sonrisa.

—Eso lo veremos —respondió ella de igual forma.

La expresión de Pitt se congeló, todo rastro juguetón desapareció de su rostro. Carin puso los ojos en blanco, se acercó a él y rodeó su cuello con sus brazos.

—Estoy donde quiero estar —afirmó dulcemente para luego besarlo antes de que él protestara.

Todos sus compañeros, que los estaban esperando para ponerse a trabajar en idear el siguiente paso en la exploración del espacio, fingieron no haber visto esa novedosa y desacostumbrada muestra de afecto.

Bertha Flynn sonrió satisfecha.

—Por fin —dijo para sí, y se dispuso a trabajar.

Gab fue como un oasis en medio del desierto. Pero un oasis es solo una ilusión, se ve real, pero cuando estás a punto de alcanzarlo, de tocarlo,

desaparece.

Pero yo tengo esperanzas, quiero creer que algún día encontraremos un nuevo hogar, un planeta sano, capaz de albergarnos, alimentarnos y darnos cobijo, y debo tener fe de que entonces sí sabremos cómo cuidarlo y preservarlo. Aún estoy buscando la manera de transmitir lo que aprendí en Gab sin comprometer a sus habitantes, y sé que pronto tendré una solución.

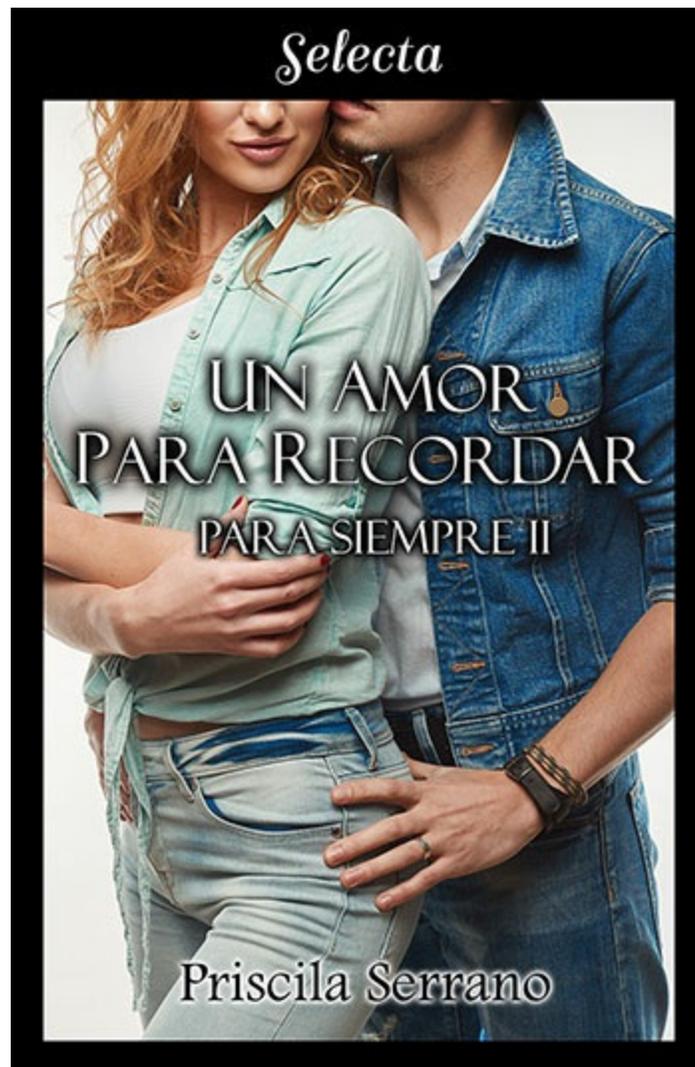
Como dijo Morris, es probable que pasen muchos años antes de que hallemos un planeta con condiciones mínimas para la vida, pero hay miles, millones de cuerpos en el universo y, por la ley de las probabilidades, alguno entre todos ellos debe ser apto para nuestro objetivo.

Yo sigo observando el firmamento todas las noches, mirando al infinito, recreando mi esperanza en el parpadeo brillante de las estrellas, soñando con que alguno de esos lejanos astros podría convertirse en nuestro nuevo hogar. Algún día lo encontraremos, solo tenemos que seguir buscando.

Agradecimientos

Con toda mi gratitud a Dios, por ser tan generoso conmigo.

Si te ha gustado
Al infinito
te recomendamos comenzar a leer
Un amor para recordar
de *Priscila Serrano*



Introducción

Pensar que después de su muerte ella no volvería a sonreír, era como decir que iba a nevar en África. Todo puede cambiar de un momento a otro, llenando de luz aquella parte que se oscureció hace unos meses. Alice volvería a reír y volvería a vivir, aunque no sería feliz del todo, pues le faltaba una parte fundamental en su vida. Ryan ya no estaba y eso, eso no iba a olvidarlo jamás.

El día que se enteró de que sería madre, se aterró tanto que hubo un momento en el que pensó en abortar y sinceramente, después de pensarlo fríamente y con la ayuda de esa persona que se metió en su vida casi sin darse cuenta, desechó esa detestable idea y siguió adelante con el embarazo. «Un bebé», dijo cuando salió del hospital de la mano de Alex. Él tampoco podía creerlo, pero tampoco la dejaría sola. Se estaba portando tan bien con ella, como un amigo de verdad, como ese amigo que hacía tiempo que no tenía, porque Ryan era su amigo, su mejor amigo.

¿Será que algún podrá mirar a Alex como un día miró a Ryan? Esa pregunta se la hizo más de una vez y todas las veces se respondió lo mismo: jamás podré ver a Alex de la misma manera. Y si recuerdas como comenzó todo, lo que Ryan decía de Alice: «Jamás podré besar a mi hermanita pequeña». ¿Recordáis? ¿Será esta vez diferente? ¿Podrá Alice cumplir con la promesa de no volver a enamorarse de su mejor amigo?

Capítulo 1

Semanas después.

Se suponía que iba a ser fácil, que con su ayuda podría seguir, pero él tenía una vida en otro país y tendría que marcharse pronto. Alex la dejaría sola, otra vez sola. ¿Qué haría? Solo hacía un mes de la muerte de Ryan, un mes en el que Alex no la dejó, mucho menos cuando tuvo que contarle a su padre que estaba embarazada. No se lo tomó mal, pero tampoco era la mejor de las noticias en este momento.

Los días en los que se quedó sola en el apartamento fueron los peores de su vida. Mirara donde mirase lo veía, en cada rincón del que era su hogar, del que hubiera sido el hogar perfecto para cuidar de su futuro hijo. Cada vez que pensaba en él, pasaba sus manos por su plano abdomen, suspirando y con lágrimas en los ojos. ¿Cómo afrontar lo que se le venía encima? ¿Cómo hacerlo sin él? No paraba de darle vueltas a la cabeza de lo que podía haber sido y no fue, recreando cada momento en su mente, hundiéndose un poquito más si podía.

Estaba en la habitación guardando la ropa de Ryan en cajas, sintiendo el dolor cada vez que acercaba una prenda a su nariz para sentirse bien, tranquila, metía en sus fosas nasales su olor, ese que tanto tuvo en su cuerpo impregnado, ese que no podrá olvidar aunque pasen mil años. De pronto, escuchó unos toques en la puerta y fue a abrir, sabía quién era, pues la llamó antes de ir.

Cuando abrió, su amiga Mila la miró y la abrazó tan fuerte que la habría partido en dos.

—Mila, Mila. Me haces daño —se quejó y esta sonrió dulcemente.

—Lo siento —se disculpó entrando en la casa.

Ambas caminaron hasta el sofá y se sentaron una al lado de la otra, como siempre. Mila la miraba y Alice sintió añoranza por esos tiempos en los que pasaban tantas horas juntas, juntas con Caroline y Laura, pero ni la una ni la otra estaban en Londres, así que solo quedaban ellas, siempre ellas.

—¿Has sabido algo de Caroline? —La voz de Mila sonó preocupada.

—Sí, hace un par de días me llamó para saber de mí y, bueno, y del bebé. — Su amiga hizo el amago de tocar su vientre y paró antes de llegar siquiera.

—Lo siento.

—¿No pararás de disculparte hoy? —Negó divertida—. No pasa nada, lo llevo mejor que hace una semana.

Con su permiso, volvió a acercar la mano y esta vez sí la posó en ese vientre

aún plano, con la esperanza de sentir algo, pero era matemáticamente imposible; y Alice soltó una carcajada, la primera después de tanto tiempo, después de él. Y se sintió mal por hacerlo, por reír. Dejó de hacerlo y Mila negó cabreada con ella por ser tan dura consigo misma, por no poder al menos sonreír e intentar ser feliz, pero Alice no estaba dispuesta a eso, no todavía, era demasiado pronto para sentirse bien.

—No puedes ser tan dura contigo, Ali —refirió cabreada.

—No puedo ser de otra manera. ¿Tú crees que me gusta mi vida ahora? No sabes las noches que paso sin dormir, pensando en lo que podría haber sido si él hubiera sabido que iba a ser padre. Que estemos juntos, como siempre... Sin embargo, no tengo nada...

—Sí que tienes algo, algo por lo que debes ser fuerte y luchar, Alice. ¿Crees que Ryan sería feliz sabiendo lo que tú te castigas?

—Yo no me castigo.

—Sí lo haces y muy duramente —insistió provocando que Alice se levantara y volviera al dormitorio para seguir con lo que estaba haciendo.

No soportaba que llegasen a su casa y le dijeran lo que tenía que hacer y mucho menos Mila, que también tendría que pensar las cosas antes de hacerlas.

Fue tras ella y entró en la habitación, donde todo estaba revuelto. Cajas por un lado, prendas por otro y cristales esparcidos en una esquina, del cuadro con la foto de Ryan. No podía creer la locura de su mejor amiga y no dejaría que cayera más, y si para que eso no pasara tenía que estar con ella las veinticuatro horas del día, lo estaría.

Alice seguía en su empeño de guardar toda su ropa en cajas, aun sabiendo que no serviría de nada hacerlo. Tenía que librarse de ella, pero no lo conseguiría si la guardaba en un rincón de ese apartamento. Mila la miraba desde una esquina del dormitorio, preocupada. Se acercó a ella y le quitó una camisa que estaba doblando con toda la paciencia del mundo, como si no quisiera que se arrugase porque volverían a usarla. Alice la miró ceñuda y cabreada a la vez.

—¡Devuélvemela! —exclamó, y su amiga negó a su vez—. Mila, déjate de tonterías y dame esa camisa.

—¿Para qué, Ali? ¿Para qué quieres una camisa que no volverán a usar?

Alice se tensó y comenzó a respirar con dificultad, como si escuchar esa verdad le doliese mucho más. Tiró de la camisa, provocando que Mila tirase a

su vez y esta se rasgara por la mitad. Con el corazón a mil por hora, vio como esa prenda que tanto se había puesto él caía al suelo destrozada, así como estaba ella. Miró a su amiga de nuevo y esa mirada a Mila no le gustó, pues había odio en ella y no podía permitirlo.

—¡MIRA LO QUE HAS HECHO! —gritó colérica—. Fuera —murmuró arrodillándose para recoger los pedazos.

—¿Cómo has dicho? —preguntó incrédula.

—Quiero que te vayas de mi casa. ¡Lárgate! —afirmó alzando la voz.

Mila no lo podía creer, su amiga, su hermana la estaba echando de su apartamento solo porque intentó ayudarla. Estaba peor de lo que pensaba.

—No estás hablando en serio, Ali. Solo es una camisa...

—¡NO! No es solo una camisa, es su camisa. ¿No lo entiendes? Se ha roto su camisa. ¡Joder! —Se sentó en el suelo y comenzó a llorar destrozada.

Su amiga hizo la misma acción y se sentó a su lado, cogió su mano y la apretó para que supiera que no estaba sola y que pase lo que pase estaría con ella. Alice reposó la cabeza en su hombro, lo necesitó para desahogarse, para expulsar todo lo que estaba reteniendo durante tantos días, desde que Alex no estaba. Aunque le dijo que volvería, aún no lo había hecho, y él se había convertido en alguien importante para ella, alguien que la ayudaba a no pensar en la muerte de Ryan, alguien que, con su amor, le estaba haciendo la vida un poco más fácil.

—Lo siento, Mila, pero no puedo más... Lo necesito, lo añoro, lo amo —declaró entre sollozos.

—Te entiendo, Ali, y sé que es muy duro, pero tienes que ser fuerte y no hacer estas cosas que lo único que te provocan es más dolor —dijo señalando a su alrededor, señalando todo el estropicio.

—Lo sé, pero necesitaba mantenerme ocupada en algo.

—¿Y Alex? —preguntó Mila al darse cuenta de que no lo había visto por ninguna parte.

—Se fue —respondió incorporándose de nuevo.

—¿Dónde?

Alice se levantó y, con la camisa en la mano, salió de la habitación, evitando tener que responder a esa pregunta, evitando tener que pensar en él. Caminó hasta la cocina y su amiga fue detrás y vio como la tiraba a la basura, aunque la miró antes por unos segundos, como si se estuviese despidiendo de ella. No lo estaba pasando bien y no había que ser muy inteligente para darse cuenta.

—Ali, ¿estás bien? —Tocó su hombro y esta se dio la vuelta.

—No, no lo estoy y la única persona que me hacía la vida un poco mejor se fue y no sé si volverá.

—Te refieres a Alex, ¿verdad? —Asintió apenada.

—Se fue hace dos días y me prometió que estaría aquí antes de que lo echase de menos, pero aún no regresa y ni siquiera me llamó, así que no creo que vuelva —expresó saliendo a la terraza.

La primavera estaba terminando y el tiempo era más cálido. Aún eran las dos de la tarde y el sol brillaba en todo su esplendor, raro en Londres, pero así era. Se sentó en una de las sillas y Mila se acercó a la baranda.

—¿Sientes algo por él? —preguntó sin mirarla.

Alice se tensó y no sabía que responder a eso, pues antes de que todo pasara, ya había algo en su interior, algo que la unía a Alex, pero que no quiso descubrirlo y mucho menos lo haría en este momento.

—No —respondió tajante.

—¿Segura? —Se dio la vuelta y la miró alzando las cejas.

—No, sí... No sé.

Se había puesto nerviosa y su respuesta lo único que provocaba en Mila era afirmar lo que ella sospechaba. Claro que sentía algo por él, pero jamás se lo diría y mucho menos estaría con él. Nunca en su vida podría estar con otra persona que no fuera Ryan, que no fuera su amor verdadero, su primer amor.

Por la tarde volvió a estar sola, como siempre, y como ella necesitaba. Mila quiso quedarse todo el día y si era posible por la noche, pero se negó y prácticamente la echó de la casa, aunque no tan dura como cuando se enfadó.

Estaba sentada en la cama, mirando a todo y a nada, recordando. Era lo único que hacía, recordar cada momento, cada beso, cada caricia y, a veces, las sentía. Entonces, Alex entró en su mente, haciéndole pensar en la despedida que tuvieron hace apenas dos días, cuando él se marchó a su hogar, de seguro con alguien.

(Flashback)

Una llamada, solo una llamada recibió para que sus planes se vieran estropeados y tuviese que volver a Tennessee. Karla a veces podría ser muy insistente y se las ingeniaba para conseguir de él lo que se propusiera.

—Ali... Tengo que marcharme unos días —explicó cuando consiguió colgarle a su esposa.

Ella lo miró preocupada y extrañada, ya que parecía no estar muy contento con la llamada que recibió, y la persona que estuviese al otro lado de la línea se escuchaba cabreada, muy cabreada. Se acercó a ella al ver su gesto y la abrazó como siempre que la veía así, preocupada, o porque sí, por sentirla y punto. Ella se dejó abrazar, sintiendo esa calidez que tanto necesitaba, sintiendo que volvía a tener a una persona especial a su lado, a un amigo de verdad.

—No entraba en mis planes irme tan pronto, lo siento —murmuró en su oído.

—No te preocupes, es normal que tengas que marcharte. No pretenderás quedarte conmigo toda la vida, ¿no?

—Te aseguro que, si por mí fuera, me quedaría.

Se miraron, conectando sus ojos, perdiéndose en ellos y antes de que él hiciera eso por lo que ella tanto lo evitaba, se separó de él, provocando una risa nerviosa por su parte. Alice no se lo ponía fácil y no lo dejaría entrar en su corazón, así como así.

—Volveré antes de que me eches de menos.

Y eso fue lo último que le dijo, poco después salió del apartamento y se marchó.

Se levantó y sacó de su bolso el móvil para mandarle un mensaje. Necesitaba saber que estaba bien y que no se había olvidado de ella. Entonces comprobó que tenía cinco llamadas perdidas de Nicholas y otras de Arabelle. No los veía desde el entierro y sabía que ese reencuentro sería el más doloroso que tuviera que soportar. Además, ellos no sabían que serían abuelos y, sinceramente, no tenía intención de que lo supieran, al menos no por ella. Se dispuso a enviar el mensaje a Alex, ya hablaría con sus suegros en otro momento.

Alice: Hola, Alex, ¿cómo estás?

Escribió el primero, mientras su corazón martilleaba en su pecho, sintiendo como poco a poco los nervios le hacían pensar lo que no era. Ni siquiera esperó a que le respondiera que escribió otro.

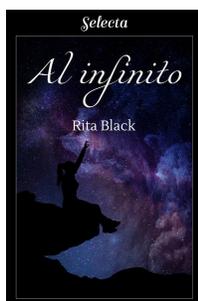
Alice: Te echo de menos, ¿volverás?

Miró la pantalla del móvil por unos minutos y lo dejó en la cama, exasperada. Se dejó caer allí y miró el techo. «¿Por qué le habré mandado el mensaje?», pensó al tiempo en que una respuesta se escuchaba en el móvil. Se incorporó nerviosa y leyó cada línea escrita.

«Alex»: ¿Quién eres tú y por qué le hablas a Alex? Espero que no seas su amante y mucho menos una que intente quitármelo. Él está conmigo.

Lo leyó y releyó por unas cinco veces, intentado entender el contenido de ese mensaje. ¿Quién era ella? Estaba claro que ya sabía el motivo que lo llevó a marcharse, pero ¿por qué nunca le dijo que estaba con alguien?

La Tierra agoniza



A millones de años luz, en el nebuloso planeta Gab XT, parece haber una esperanza para la supervivencia de la humanidad, pero dos misiones de exploración no tripuladas han fallado de manera por demás misteriosa.

Carin Marx, una temeraria y rebelde científica, se ofrece para ir en persona a ese recóndito planeta, y averiguar de una vez por todas si podría ser el siguiente hogar de los humanos, en contra de las órdenes (y los deseos personales) del jefe del programa, Jan Pitt. En ese lejano mundo, la chica no solo hará un descubrimiento increíble sobre la vida fuera de la Tierra: el inminente peligro de no poder regresar la obligará a admitir su cobardía para aceptar que ella y Pitt deben estar juntos.

Rita Black Nacida en el central estado mexicano de Aguascalientes en el año de 1976, Rita Black tuvo un temprano contacto con la lectura. Enamorada de las letras, a los 13 años empezó a escribir cuentos cortos. Estudió Ciencias de la Comunicación, y fue reportera del área de deportes durante cinco años y medio, y de información general durante dos años, en un diario de circulación estatal. Tiene un hijo de 10 años y está felizmente casada desde hace casi 14. Actualmente está enfocada de lleno en su carrera como escritora de novela romántica y cuentos de fantasía y ciencia ficción.

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Rita Black

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-49-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

me**gustaleer**

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Al infinito

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Rita Black

Créditos